

ÍNDICE

Prólogo	3
Agradecimientos	7
La pollera florida	8
La espera	11
Ruiseñor y señorito	15
Los Containers	20
El Águila perdida	24
Subsidio	30
El le reza a una	34
Y pa' qué nos volvimos	40
Toda una cosa	46
Ilusión óptica	51
La Animita	54
El incendio	58
El retroex	62
El Lawenchafe	66
A tajo abierto	69
La Motoniveladora	72

PROLOGO

Se dice que los artistas ven más y mejor que el común de los mortales, serían entonces, además de sensibles, grandes observadores. Es cierto que ellos captan lo que se viene en el ámbito de la sociedad y sus incesantes transformaciones. Son capaces de comprender, en el espacio de las intimidades, los sutiles cambios que se van dando en los seres humanos y sus culturas, para luego transformar este material en una obra de arte. Podríamos dar muchos ejemplos de maravillosos escritores y otro tipo de artistas que lo han hecho.

No se escapa de lo anterior Soledad Gasman, quien ha abrazado desde su infancia la escritura como una forma de pararse en el mundo, transitando entre la poesía, la narrativa y el ensayo literario.

La autora presenta aquí una antología de cuentos con temática rural llamada La Motoniveladora, los cuales no se adscriben a la corriente criollista o naturalista de hace un siglo como se podría pensar, sería además algo extraño para los tiempos que corren. Sin embargo, no deja de sorprender que alguien escriba cuentos rurales o campesinos en estos días. Pareciera que las ciudades han conquistado la narrativa ya sea de obras realistas o fantásticas, aunque la vida en los pequeños pueblos es también argumento

literario en la actualidad, como los cuentos de Alice Munro, cuya obra examina los pequeños dramas cotidianos de una zona rural canadiense en donde supuestamente no ocurre nada.

Soledad Gasman penetra en estos relatos la ruralidad con una mirada nueva que por un lado se funda en la observación meticulosa de la vida de los espacios geográficos que nosotros los chilenos llamamos “quebradas” y por otro, en una tradición literaria que traduce las distintas voces de los personajes en diversos tipos de narradores que se expresan en la narración como flujos internos, recuerdos y pensamientos, alternados con diálogos externos. Esto último, con los influjos de la narrativa woolfiana, mostrando la simultaneidad, la dispersión y el movimiento de los personajes en dicho espacio.

Las quebradas son centros poblados aledaños a pueblos o ciudades y nacieron como vías de acceso a éstos; encajonan un estero, cuentan con una iglesia, una escuela, a veces un policlínico, pero no alcanzan a constituirse en un pueblo propiamente tal. Están en lo periurbano, tan cerca y tan lejos a su vez de las ciudades. Se vive en dichas quebradas lo campesino y el advenimiento, a veces incomprensible, para bien o para mal, de la modernidad, con su globalización y ritmo vertiginoso.

Es en este mundo diverso y cada vez más complejo en el que viven los personajes de Soledad Gasman. Los quebradinos observan

y sufren los embates de la modernidad que altera sus vidas y experimentan transformaciones nunca antes acrisoladas.

Los cuentos son breves, sin embargo, sus personajes se quedan en el lector como si nos hubiesen acompañado en una gran novela. Como el pequeño Hugo que recibe a su madre con un ramo de cardos en La Pollera Florida; Humberto, el vendedor de gomas mentoladas del consultorio, en Los Containers; o los padres que se enteran de la homosexualidad de su único hijo, en Ruiseñor y Señorito.

No hay en los relatos opiniones políticas o sociales vertidas por la autora ni tampoco de los narradores, lo que hay es un sacar a la luz los trances íntimos que se viven en la quebrada. Los personajes residen alejados entre sí, pero todos ellos se conocen pues comparten el único camino que los lleva y los trae de la ciudad y que no tiene otra salida. Se conocen entre sí los antiguos y los nuevos que han llegado al lugar por diversos motivos, los que se fueron y los que regresaron, los que ya están en el cementerio y los herederos. Todo lo anterior se traduce en las conversaciones de los personajes, pues junto a su flujo de conciencia van opinando también respecto de los otros.

Abrir las páginas de esta antología es como correr una cortina para observar la intimidad de la vida diaria en la quebrada: ahí donde la modernidad, a menudo emboscada, acecha, se filtra y

transforma al hombre común. Lleva el título La Motoniveladora, máquina que se ha constituido en parte de este paisaje periurbano, encargada del movimiento de tierra, la mudanza, el cambio y la consiguiente alteración de la vida rural que nuestra escritora capta con la sensibilidad de su pluma y la certeza de su mirada. En cada amanecer Soledad Gasman descubre paisajes, argumentos y personajes que aloja en sus cuentos y que sin ellos permanecerían ocultos en la invisibilidad del viento.

Daniela Colombo

Viña del Mar, Junio 2014.

AGRADECIMIENTOS

Sin la participación de Daniela Colombo, este libro no existiría como tal. Gracias a sus buenas ideas, paciencia infinita y generosidad, los bosquejos de relato que fui escribiendo llegaron a ser lo que son. Aunque las primeras indicaciones o directrices de cómo trabajar un relato me las entregó Richard Stuart, con quien nos reunimos por años a leer y comentar escritos.

Las historias recogidas me fueron regaladas por los habitantes de Quebrada Escobares. Materia prima que modifiqué a mi antojo y que no guarda más que una lejana relación con los hechos narrados. Entre esos habitantes se cuentan, mi marido, Alejandro Peirano, mis hijos Carolina y Sebastián; el conocido maestro, constructor y amigo, Ramón Neira; los trabajadores de campo, José Cataldo y Ricardo Miranda; las tejedoras Teresa Madariaga y Claudia Valencia; los lugareños José Miranda y Coca Cataldo; el jardinero, Fredy Neira; la vecina Juana Cataldo.

Y, junto a ellos, sus animales domésticos o de crianza, los pájaros que nos acompañan, los caminos y cerros, los árboles que crecen y resisten sequías y talas.

Del consultorio de Peñablanca, Silvia Caneo; de El Belloto, Nelson Cataldo.

Finalmente, en la selección de los cuentos participaron, Ivonne Domange, Patricio Cataldo, Ramón Catalán, Nilda Saldamando y Carolina Peirano.

A todos y cada uno mis agradecimientos por su generosa e importante colaboración.

Quebrada Escobares,

Soledad Gasman

LA POLLERA FLORIDA

El camino era un amasijo de barro en el que se le pegaban los zapatos. Así y todo la Eva no cejó. La noche anterior había llovido copiosamente y aunque el escampado prometía algo de calor, las manos del pequeño Hugo permanecían frías y duras como dos piedras sacadas del estero. La pollera florida se bamboleaba al compás de las caderas de la Eva, era una falda de percala barata comprada al paso en Villa Alemana. Hugo iba de pantalón corto, heredado después de haber servido a sus dos hermanos. Ellos, junto con la Mary, la mayor, ya estaban en Valparaíso en la casa de la tía Romilda, y mejor no averiguar cómo se las arreglaban pensó la Eva al pasar la media luna y seguir a tranco firme por la huella del Agua Fría. Que dijeran lo que quisieran los de la Quebrada, ella no más sabía lo que era alimentar a cuatro hijos. Al Pancho no lo van a soltar fácil de la peni; buen papá me fui a buscar, pensó. A este chico tampoco lo puedo tener y si no lo dejo hoy, vendrán más lluvias y después no podré subir, suspiró. La mano de Hugo se sujetaba firme a la de su madre. Su cuerpo rozó la tibieza de las piernas de la Eva y le pidió que lo llevara en brazos. “Vai entrando a los cinco años, camina no más que queda bastante, ¿no veí que cargo tu ropa?”, le contestó ella con seriedad. El niño la miró con insistencia, pero no chistó. Se afirmó como pudo a la mano que lo conducía y continuó marchando en silencio. Cuando sobrepasaron tres cipreses y una hondonada, ella le advirtió que no se fuera a meter a ese lugar porque el diablo rondaba esos parajes. “Las cabras te van a guiar, si tiran para este lado tu tomái el sendero de más allá” agregó, “ellas saben por donde andan, lo único que tenís que hacer es seguir las y si se alejan, dai aviso, nada más”. Hugo asintió muy serio, se limpió la nariz en la manga del chaleco y miró los cerros que iban encajonándose mientras avanzaban y se alejaban de la casa. Llegaron al rancho a media mañana, cuando el sol ya había empezado a secar los charcos de agua. Todavía no habían soltado a las cabras, balaban inquietas en el corral improvisado junto a la choza de barro y paja. Eran más de cien, aunque a Hugo le

parecieron miles. Había de color café y negras, con cuernos y sin ellos, pequeñas y grandes. Su madre lo dejó entrar a tocarlas mientras ella hablaba con los viejos. “Tamos contentos de tenerlo, ya vamos pa’ los ochenta...y los huesos tan bien mañosos”, dijeron a la Eva mientras ella prendió fuego, puso la choca y los dejó que hablaran: “El ganado se pone travieso en veces, le gusta subir al risco o tirarse pa’ las quebrá” dijo uno, “pero el pan no le va a faltar a la once, ni el té...” agregó el otro. “Es bien comedido y habilidoso, pídanle no más. Lo que no sabe lo apriende y lo que no...” mostró la palma de la mano, sonrió, echó un vistazo e hizo el inventario: había un colchón en el suelo, una esterilla, tazones, ollas, dos paquetes de tallarines, té, azúcar; un par de gallinas cacareaba afuera y cinco perros vigilaban. No había donde perderse, se dijo para sus adentros, Hugo estaría mucho mejor ahí que con ella. Dejó el atado de ropa de su hijo junto a la esterilla y como no le gustaban las despedidas, se fue sin decir adiós a Hugo, quien rodeado por las cabras, dejaba que balaran y se le acercaran. Había posado sus manos heladas sobre el lomo de una de ellas. Sintió la tibieza de la lana áspera y se quedó quieto. La cabra lo miró, baló y los dos ojos pequeños y oscuros del niño sonrieron. Entonces su mano tanteó hasta rozar los cuernos y como ella se dejó, abrazó a una y a otra y a otra. Tocó, olisqueó y observó. Le gustó la más pequeña de lana manchada y sucia. Con sumo cuidado le sacó las ramas de tebos que tenía enredadas en las patas. Sólo en la noche, cuando la esterilla le pareció fría y demasiado grande, se dio cuenta de la ausencia de su madre, pero no dijo nada.

Sí que era comedido y habilidoso como había dicho la Eva, comentaban los viejos al verlo partir en las mañanas con el piño de cabras al cerro y volver en las tardes, siempre a la misma hora y por el mismo sendero. Muy luego, aprendió a ordeñar y a caminar con los baldes de leche sin derramar una gota; los volcaba en los moldes y les ponía el cuajo. Sabía prender fuego y preparar la choca. Se acordaba de cerrar el gallinero y de tomar los huevos. Al poco tiempo, supo coserse los zapatos, sacar los gusanos a los tebos,

espantar a los zorros. En las tardes dejaba puestos los lazos y al despuntar el sol iba por los conejos, los descueraba y los tiraba a la olla. Los viejos cuchicheaban que nunca habían estado tan bien, aunque los achaques iban en aumento y los huesos no querían componerse. Pero no se quejaban, agradecidos de tener al Hugo y sobre todo de que no quisiera bajar al poblado, donde de seguro lo maleaban. Apenas tuvo la fuerza necesaria para cargar en sus hombros unos palos, se las apañó para empezar un cerco para encerrar los cipreses que le había mostrado su madre al llegar. Los viejos dijeron una tarde que la Eva andaba en malos pasos y que mejor se olvidara de ella. Él los miró en silencio, bajó los ojos hasta la esterilla y recordó que en los sombríos empezaban a despuntar las violetas silvestres. Tiempo después, alargó la encierra de los cipreses y se dio la maña de enseñar a sus cabras a dar la ronda. Una vez que aprendieron, amarró a la cerca un ramo de cardos; para entonces, sobre su labio superior asomaba un vello oscuro y rebelde.

Era un ventoso atardecer de primavera que impregnaba el camino con el olor de los espinos cuando vinieron a buscarlo. Los chaguales ese año habían florecido y el agua de las quebradas era un verdadero torrente. Él regresaba con el piño de cabras y, al asomarse en el recodo, notó la tranca del rancho abierta. No le gustaban los intrusos. Se detuvo a escuchar. Las cabras frenaron su paso. Los perros bajaron en estampida. Esperó. Dejó que se acercaran a la casa. Los vio rodear la aguada, atravesar el cerco y pasar el corral. Las gallinas se apiñaron a un costado. Los perros se detuvieron frente a la puerta de la choza y empezaron a ladrar. Uno de los viejos se asomó, luego el otro y por último, una mujer salió de la casa. Hugo respiró agitadamente, se restregó los ojos, le pareció reconocer la pollera florida y pensó que ya era tiempo de ir por el ramo de cardos de la encierra de los cipreses.

LA ESPERA

El callejón estaba solitario ese domingo en la mañana. En el cielo, las nubes se movían inquietas como a la espera de un viento fuerte que las desplazara definitivamente. Doblando el puente, apareció un auto que se detuvo frente a la pequeña capilla recién hermoseada. Una mujer de mediana edad se bajó sin prisa, diciendo:

-Hace años que yo vivía acá en la quebrada con mi madre, pero cuando ella murió me tuve que ir-

-¿Y tiene algún familiar acá?- preguntó la voz de la joven conductora que había tomado a Filomena en el camino.

-Sí, mi hermana vive a la vuelta-

-¿La llevo para allá?-

-No, gracias, vengo a misa. Y ahora, váyase no más señorita, yo espero aquí a que abran-

Filomena se paró frente a la reja de la capilla, tanteó con su bastón, rozó una cadena de la que pendía un candado, se dio media vuelta y esperó. El aullido de un perro la hizo levantar el rostro, escuchó con atención unos ladridos cortos y agudos, y luego el gorjeo de unos pájaros que parecían revolotear sobre su cabeza. Se alegró: una tenca trinaba sola muy cerca suyo. Con el bastón tanteó el suelo en busca de un asiento: había yerbas, una hendidura y una piedra mediana que al ser golpeada sonó grande y sólida. Se sentó sobre ella y respiró aliviada. El aleteo de unos pájaros desaparecía en la distancia. De a poco, fue reconociendo los sonidos del pasado y mientras lo hacía una sonrisa se dibujaba en su rostro quieto. Ahora que ya estaba ahí, se preguntó por qué antes no había hecho el esfuerzo de venir y le pareció que el largo viaje desde la ciudad no había sido tan pesado.

El crujido de una puerta al abrirse la sacó de sus pensamientos: sacudieron un paño, barrieron con fuerza la vereda y luego la tierra.

-¿A quién espera?... preguntó una voz chillona de mujer.

-La misa- contestó Filomena, mientras oía los gemidos cariñosos de un perro pequeño que la olisqueaba.

-¿La misa?...falta mucho todavía... Gavilán no molestís a la señora, vente para acá!-

Los gemidos del perro cesaron, el paño volvió a sacudirse y el crujir de la puerta a sonar hasta que finalmente se cerró de un golpe.

Sí, continuó pensando Filomena, los sonidos eran los mismos de siempre. Una brisa tibia le trajo el perfume acre de los tebos en flor, recordó a su madre: caminaban sin prisa del brazo y la anciana le describía la luz, el cielo; daba un nombre a las personas que se acercaban y le hacía un comentario divertido acerca de cada una; se detenía frente a un boldo o a un peumo, cortaba una hoja y la olían. Cada tanto su madre suspiraba, diciéndole “qué será de ti cuando yo no esté...porque la Rosaura...” y le apretaba con suavidad la mano.

-Se arrancaron otra vez- escuchó una voz joven detrás suyo.

-Te dije que tuvieras cuidado...ahora hay que ir por ellas-gritó una voz de mujer en la que reconoció de inmediato a su hermana. El mugido de una vaca se acercaba, luego el balido de un ternero. La vaca puso sus patas en el pavimento, corrió calle abajo y el ternero la siguió con un trote corto, el que se silenció con el ruido del motor de un auto que se detuvo. Los pasos de un hombre se acercaron, Filomena tanteó la hendidura y luego el terreno plano y se puso de pie.

-¿Habrá llegado el cura?- preguntó una voz ronca.

-Está cerrado, yo creo que no hay nadie...-contestó Filomena.

-Necesito al cura...- dijo la voz alejándose para regresar de inmediato.

-Podría decirle que apenas llegue vaya al 1244 de esta calle... 1244 ¿se lo anoto?-

-No hace falta señor: 1244- repitió ella y mientras las ruedas del vehículo giraban sobre el cemento, una bandada de tordos vino a jugar en el árbol a su lado.

-¿Las vio pasar?- preguntó la voz joven que había escuchado antes.

-No, joven, pero fueron calle abajo-

El muchacho se quedó parado frente a Filomena, tan cerca que ella le podía oír su respiración agitada. Sintió sus ojos recorriéndole el rostro. El bastón tanteó otra vez, ahora tocó los barrotes de la reja. Uno primero, luego otro. Se apoyó en ellos y pensó que su vida había sido eso, una larga espera. De niña esperar que los médicos la ayudaran, que su madre mejorara, que su hermana cambiara y ahora... qué esperaba ahora se preguntó.

Una ráfaga de viento levantó polvo y hojas. Había tenido que tomar sus cosas e irse, recordó. Los rezongos y bufidos de Rosaura, esos papeles que le pedía que firmara y después el abogado diciendo que a ella no le quedaba nada: la posada y los animales eran de Rosaura. Y cada día que pasaba allí, su hermana le hacía saber cuánto le molestaba que ella se quedara. Hasta que prefirió irse a la ciudad. La voz conocida gritó acercándose:

-Te dije!...anda al tiro para abajo y tráelas. Pero se paró en seco frente a Filomena, respirando agitada.

-¿Filomena, soy tú?- -La misma, Rosaura- -¿Me reconociste?- -
-Tu primer grito- -¿Y qué hacís acá?- -Estoy esperando la misa- -
-¿La misa? tú no soy de esas cosas...- contestó desconfiada. -Hoy se cumplen...-

-Veinte años desde que te fuiste, ¡cómo no me voy a acodar!- -
Veinte y tres- contestó Filomena con voz seca.

-¿Tanto?...viste que arreglaron la iglesia. Verdad que no veís nada...-
agregó Rosaura, en voz baja.

La vaca volvió a oírse.

-Ya! acá están, no costó hacerlas volver...- dijo el joven
alegremente.

-Llévatelas al corral- gritó Rosaura perentoria. El sonido de otro
motor se acercó y se detuvo.

-Ahí viene el cura – anunció, Rosaura.

Filomena esperó que la saludara para darle el recado.

-Gracias, hermana- le dijo él, después de escucharla y rozar su brazo
con cariño. Luego, un manajo de llaves tintineó, la cadena fue
rotada, el candado abierto. Los goznes de la reja sonaron y alguien
entró y abrió el portón de la iglesia.

-Puedes entrar, hermana y esperar adentro, vuelvo en seguida.
Filomena sentía la mirada interrogante de su hermana en su rostro,
sin embargo ahora, que la tenía frente suyo, se le desvanecieron las
recriminaciones que había repetido a solas por años, incluso desechó
la idea de recordarle que la misa de ese domingo era por el descanso
de su madre. No, ahora no tenía nada que decirle. Escuchó un grupo
de caballos que se acercaba. Voces masculinas riendo y hablando
pasaron frente a la iglesia, una de ellas saludó a Rosaura.

-Van a la posada. Me voy rapidito - dijo Rosaura con voz
entusiasmada. De ahí pasas a vernos...-agregó con desgano.

-No, gracias...me vuelvo- contestó Filomena, raspando su bastón en
el empedrado de la entrada.

RUISEÑOR Y SEÑORITO

“Ahí vienen de nuevo”, dijo la mujer desde el corredor que bordeaba la pequeña casa de madera. “¿Rruiseñor y Señorito?”, preguntó su marido atravesando el corredor y entrando a la casa. “Sí”, agregó ella y tiró de las hojas secas de la enredadera que colgaba del techo y protegía del sol del verano. “¿Otra vez pa’riba?”, inquirió él desde adentro. Ella levantó los hombros y siguió arrancando las hojas. La enredadera dejó ver por fin las flores rojas que las hojas secas ocultaban y que se habían desparramado entre la mesa, las sillas y los maceteros que ocupaban el corredor. Él regresó y miró las dos figuras que se acercaban: caminaban balanceándose. Cuando uno se tumbaba hacia un lado, el otro lo seguía, pero no se rozaban. Las dos cabezas inclinadas hacia atrás como desafiando algo. Los rostros pálidos, las narices afiladas, los ojos hundidos. Vestidos con andrajos, arrastraban sus zapatones viejos que hacían sonar en el pavimento. Uno de ellos giró la cabeza hacia los ojos que los observaban. Sus labios partidos se abrieron y el hueco oscuro de la boca esbozó una mueca en la que aparecieron los dientes que le quedaban. El otro, indiferente a las miradas, siguió su andar torpe y sonoro.

“La señora María les compraba hasta el pan, ahora que ella se murió mendigan de casa en casa”, comentó ella y fue por la cebolla. “Dicen que el Rruiseñor acaba de salir del hospital”, señaló él y fue por los tomates a la huerta. “Lo habían dado por muerto, pero se recuperó”, gritó ella, como escupiendo las palabras. Miró otra vez hacia la calle y dejó el cuchillo a un lado para limpiarse las manos en el delantal. Él puso los tomates en la mesa y dijo, “parece que estuvo mal de los pulmones”. “Por eso el Señorito anduvo rondando como alma en pena estos últimos días, aunque a mí no me da ninguna pena: el que camina equivocado, que sufra las consecuencias”, señaló ella, se miró los dedos agarrotados, espantó al gato que dormía en una de las sillas y las acercó a la mesa del corredor. “La de veces que la señora María los habló, que no se

mostrarán tanto juntos, que la gente era copuchenta, que ya les habían puesto esos apodos. La pobre mujer quería que los quisieran” dijo él, poniendo los cubiertos sobre la mesa y recordó que ella siendo una mujer sola se había traído primero a Ruiseñor de un hogar de Valparaíso y después al verlo tan solo, había tomado también a su cargo al Pajarito, y los había llevado a vivir al final del camino del Agua Fría. “También porque ellos la acompañaban y le hacían sus peguitas, creo yo. No era pura bondad la señora, no seai tan inocente”, señaló ella adivinando sus pensamientos, mientras pelaba los tomates. “Tan re chicos y andar con leseras”, suspiró él. “El Ruiseñor debe haber andado por los doce y se empezó a dejar ver con el Señorito. Yo creo que no nacieron, como se dice, equivocados. Es cosa que se fueron maleando y maleando. A mí no me vienen con cosas”, agregó ella, picó otro poco de cebolla y continuó: “yo que la tía la zurra que les habría dado desde el principio. Antes a una no más le mostraban el cinturón y entendía cómo irse derechito”, afirmó. “La pobre señora hacía lo que podía”, dijo él en tono lastimero, probó la cebolla y agregó, “no seai así”. “Así soy y a mucha honra. Cuando la rama viene chueca se la endereza. Sabí bien que no hay otra”.

Tragaron en silencio. Ella separaba las porciones con el tenedor antes de echárselas a la boca, como las gallinas picoteando el maíz, le reclamaba él. Él no comía, devoraba, como decía el médico, le recordaba ella. Levantaron los platos. “Decían que uno no se debe fiar de ellos”, dijo él de pronto y se puso a barrer. Una pareja de diucas vino a revisar su nido bajo el alero del corredor. “¿Fiar de quién?” preguntó ella. “De Ruiseñor y Pajarito” le contestó él y fue por la pala. “En todos estos años yo no les conozco ninguna cuestión rara” dijo él mientras recogía el barrido. “Y te parece poco vivir juntos como perdidos, contra todas las leyes, porque no me vai a decir como en la tele el otro día que alegaban que era una... cómo es que decían, algo natural pero distinto”, agregó ella fregando el lavaplatos. “A mí no me vienen con esas, naturales... esos dos no son” sentenció y dejó el paño secándose sobre los platos. “Te

imaginai que el Pancho nos hubiera salido así” dijo él de pronto. “Ni lo digai, que el Pancho es bien hecho, no tiene nada de raro” le contestó ella y recordó el día en que su hijo le había dicho que se iba a trabajar al norte porque se había conseguido una pega en Copiapó. Lo vio apoyado contra la puerta de entrada. La luz le daba en la espalda: era delgado, de manos delicadas. Su hijo había nacido para el trabajo de oficina, como su marido, que era administrador del gallinero de los Gonzalez. Él sabía todo eso de anotar en los cuadernos cuántos huevos ponían las gallinas y cuáles se iban al matadero. Era bueno con los números, no había nada que decir, esa era la verdad. Y El Pancho había salido con la misma habilidad... pensó.

“Sí, mujer si sé que el Pancho es por las derechas, pero te imaginai... Me acuerdo el año en que según el Fulgencio, El Ruiseñor y el Señorito le habían maleado a su Rubén”. “Del Rubén siempre se supo que era raro” lo interrumpió ella, camino al patio de atrás. “Sí, eso cuentan, aunque no sabemos, porque se fue lueguito de la quebrada”, contestó él y salió tras ella a revisar la huerta. Ella tomó la manguera y se puso a regar. “Se fue...como un año antes que el Pancho. Te acordai que el Rubén buscaba al Pancho y el Pancho como que no quería salir con él”. Él se inclinó sobre la tierra mojada y fue arrancando las malezas. “Es que el Pancho no andaba en esas. Bien hombrecito nos salió el cabro” dijo con sonrisa orgullosa. “Es verdad” contestó ella, cerró la llave y fue por la ropa tendida. “Es que si no, la que le caía encima” señaló ella, depositó el montón de ropa sobre una silla vieja y se quedó mirando el cerro.

Había una vaca suelta, él también la vio y dijo: “estoy aburrido de ir a avisar ¿por qué no las vigila el Fulgencio?”. Es cierto que no las vigila, pensó ella. Igual que a los hijos a quienes dejó por ahí sin darles instrucción. No como el Pancho, que casi había terminado su cuarto medio. Si no hubiera sido por esa profesora que le tomó mala, él tendría su diploma; recordó cuando la profesora la llamó al liceo, para decirle que Pancho la tenía preocupada. Estaba muy distraído,

había bajado las notas y ella creía que algo lo atormentaba. “¿Atormentarlo algo?” le había contestado ella, “si nos preocupamos tanto de él, es nuestro único niño...” Al volver a la casa, ella no había hablado del asunto ni con su hijo ni con su marido, aunque sentía que el Pancho quería decirle algo. Sospechó que se trataba de su amistad con el Rubén y le prohibió seguir viéndolo. Entonces su hijo empezó a encerrarse en su dormitorio y ella le decía “¿y qué hací ahí?”. Un día ella lo estuvo espiando por la ventana y comprobó que pasaba horas tendido en la cama mirando el techo. Cosas de la edad como decían en la tele, recordó que había pensado aquella vez. Se preguntaba ahora qué sería lo que le había pasado. Las notas siguieron bajando, repitió el año y como no quería estudiar, la profesora les dijo que mejor lo sacaran y que esperaran hasta que madurara. ¿Y cómo iba a madurar solo, ahí encerrado en la pieza? Las ocurrencias de la profesora, se dijo y escuchó el llamado de su marido a ver la comedia, tomó la ropa seca y se entró.

A la mañana siguiente, él fue de compras a Villa Alemana. Al caminar hacia el paradero iba pensando que su hijo Pancho era un ingrato. Desde que se había ido, y ya iban a ser dos años, habían recibido tres cartas suyas y un llamado para la Pascua. Después de haberlo criado, de haberlo educado, de todo lo que lo quisieron. Pero su mujer no veía así a su hijo. Ni decirle a ella que el Pancho era un ingrato. Esa mañana ella le gritó como siempre: “No olvidí pasar por el correo”. Y qué sacaba pensó él, pero igual fue al correo. El funcionario lo miró asomar el rostro entre las puertas batientes y le dijo “No hay carta de su hijo”. Al regresar a la casa, encontró a su esposa aporcando la tierra de la huerta. “El Rubén vino cuando estabai en Villa Alemana”, dijo ella apenas lo vio entrar. “¿El Rubén vino... no estaba...?” preguntó él y se arrojó sobre una silla. “Si, pero volvió... para hablar con nosotros” le contestó ella y lo miró de reojo. Fue a buscar la ropa que había dejado en la cocina, salieron al corredor, enchufó la plancha y esperó. “¿Y qué quería?” preguntó él, siguiéndola. “Contarnos del Pancho y de él” dijo ella bajando la voz. Desde la calle se escuchó el golpetear de los zapatones de Ruiseñor

y Señorito en el pavimento. “¿Del Pancho, y qué sabe él?” preguntó cogiendo al gato. “Venía re misterioso. Me dijo que en el norte les iba bien. Habló así. Dijo que “les” iba bien, que trabajaban en una mina, que la paga era buena, que vivían en una casita en el pueblo...” “¿Los de la mina?” preguntó él. “No sé...” contestó ella. “El Rubén no habló de más gente”.

LOS CONTAINERS

Se conocieron a la salida del policlínico de Peñablanca, me contó la Maruja antes de que le viniera la enfermedad. Ella había ido a consultar por un malestar general y el Humberto ofrecía gomas mentoladas en paquetes de distintos precios. La Maruja se le acercó y le pidió uno de los paquetes grandes con su voz cariñosa. Venía muy entera porque la habían pasado por los rayos, le comentó. “¡Y cómo no!” le había contestado él mirándole los ojos claros, “...si las máquinas ayudan re tanto”, y ella le había visto las manos bonitas que tenía él y una mirada “pestañúa”, y cuando ella empezó a buscar las monedas en el bolso, él le había dicho, “lléveselas así no ma’, pa’ la otra güelta me las paga”. Pero ella que era ordenada con las platas, le contestó que no le gustaba “endeber a nadien”. “Que’ntonce, no la güelvo a ver” le había dicho él comedido. Pero como la Maruja iba a médico bien seguido, sí que la volvió a ver. Incluso, algunas tardes se quedó ayudándolo con la venta: él le contó que era de ciudad, que vivía de allegado por allá por el paradero dieciocho y ella le dijo que estaba bien sola desde que la Luzmira se había ido a vivir a Valparaíso, la ingrata, después que la había criado desde niña, le confidenció y agregó que necesitaba una manito en el rancho, que le podía arreglar el cuarto que la Luzmy había dejado tan vacío. Y así llegó el Humberto a vivir a la quebrada donde la Maruja. Él tenía cuarenta y cinco y la Maruja cincuenta y dos años, más una pensión de viudez y los pesos que juntaba por aquí y por allá con los lavados.

Era fines de invierno cuando el Humberto entró a la quebrada por primera vez. Respiró el aire perfumado y una sonrisa de niño se le pegó a la cara, me contó la Maruja después. Caminaron por Bellavista, ella lo iba enterando de los vecinos, de las ramas de tebos que picaban tan re fuerte, de los tordos allá arriba sobre los peumos y de las abejas negras que rondaban solitarias. Él asentía y a medida que avanzaban, la sonrisa se le iba volviendo más y más niña. Pasaron el puente, tomaron la curva, se detuvieron a comprar queso

fresco. Al llegar al rancho, el Humberto miró la casita de madera pintada de color celeste encendido, las cortinas floreadas, la enredadera y los cardenales que colgaban de la reja. Entraron al patio, se sentaron bajo una parra, probaron el queso y la Maruja trajo una “agüita” de limón, mientras seguía parloteando, que el terreno llegaba hasta el estero, que se lo ‘emprestaban no ma’, que los vecinos del frente habían vendido, que ella conocía a los nuevos propietarios; que un poco más allá estaba la parroquia recién remozada y que en ese caserío que se veía “pa’lotro lao” vivía yo y en la casita “delarto”, su compadre. El Humberto suspiró, se inclinó en el asiento y le dijo que no sabía “qué había hecho él dando ‘güeltas’ por ahí.” Después, ella le mostró la casa, y él se rio de tanto adorno y santo que tenían las repisas y se ubicó en el cuartucho que había sido de la Luzmira.

Ese verano el Humberto aprendió de la tierra y las plantas, vinieron a verme a mí y al compadre y asistieron a misa los domingos. Rapidito ella hizo saber a la señora recién llegada al frente, que él era tranquilo y bien mandado. De trago nada, ni una vez lo había visto puesto y menos de irse y no volver porque era de casero, le aseguró. Así, el Humberto se hizo cuidador y jardinero y la Maruja siguió con los lavados hasta que un día empezó con la artrosis y no pudo más. Poco después se la empezó a ver sentadita en el patio mirando a la calle. Se sabía que el Humberto la cuidaba mucho, y debe haber sido por eso que duró otros diez años, aunque la enfermedad del interior la había tirado a la cama hacía rato. Pero el Humberto se daba tiempo para todo: la atendía a ella, el trabajo y una huerta que se las apañó en formar y cuya cosecha salía a vender en un canasto.

La mañana en que él andaba entregando tomates, me dijo después, le vino una preocupación en el pecho que lo hizo regresar a la casa antes de terminar la entrega. Había dejado a la Maruja bien acomodada entre almohadones. Le había dicho: “uste espere aquí no ma’ que güelvo altirito” y ella lo había mirado y le había contestado

con la mano que se fuera no más que todo iba bien. Cuando entró de vuelta, dejó el canasto sobre la mesita del patio y la llamó. No se extrañó que no le contestara porque ella casi, casi no podía hablar. Pasó al dormitorio y ahí estaba mirando el cielo y con las manos tíasas. Pensó que era un ataque y salió a llamar la ambulancia. En el hospital, el doctor le dijo que estaba muerta. “¿Y si la pasa por los rayos?”, preguntó al doctor. Pero cuando vio que la metían al cajón yo creo que comprendió que se había ido no más. La velamos bajo la parra. A la misa llegó la Luzmira. Por fin la Luzmy venía a ver a su Maruja, me dijo él. De seguro ella estaría contenta igual, allá donde se había ido, me sollozó el Humberto. Pero la Luzmy venía con su novio. “Por qué no se cambia usted al cuartucho, yo vengo acompañada” le dijo y a Humberto le pareció bien, porque ellos eran dos y él uno solo, aunque se entristeció al dejar la habitación, los santitos en el velador, el Jesús de la pared, la cómoda tapada con el género floreado igual a las cortinas y la ropa de la Maruja adentro. Tomó su bolso y se trasladó a la pieza donde había llegado por primera vez. Al entrar, me contó que había recordado el día que había venido la Maruja sonriendo con los ojos claros a decirle que por qué no se iba de una vez “pa’la pieza grande no ma’, y él se había trasladado a la habitación donde ella dormía. De vuelta en el cuartucho, se sentó en la cama y colgó el retrato que se habían tomado años atrás en Villa Alemana.

Me dijo que esa primavera empezó a escuchar los rumores: tendría que irse a vivir a otra parte porque los dueños del terreno iban a vender. Y vendieron, aunque cuando vinieron los nuevos propietarios estuvieron palabreándolo y llegaron a acuerdo: por mientras, él seguiría de cuidador, las habitaciones de la casita de madera las usarían de bodega por ahora, así es que debía deshacerse de todos los trastos que había y dejar el espacio libre. Humberto, desclavó, descolgó, acarreó y amontonó como mejor pudo lo que había sido de ella en su pequeño cuarto.

Al año siguiente estaba podando las ramas secas de las heladas, me contó, cuando llegaron los propietarios a decirle que la casa de madera había que desarmarla porque traerían los containers. Eso sí, que se acomodara por ahí, para que siguiera cuidando. “¡Y cómo no!” respondió Humberto a los caballeros, pero esa noche no “pegó pestaña”. ¿Qué haría con la casa de la Maruja? Lentamente sacó las cosas que quedaban. Después, empezó a soltar, desclavar, arrumbar los paneles al lado de la calle. Pasé yo, miré la cama, la cómoda, los bultos por donde asomaba un cuanto hay que había sido de la Maruja, y le dije que le recibía la cómoda. Al rato pasó el compadre, lo miró trabajar, le ayudó a acarrear y le dijo que si quería tirara no más los tabiques afuerita de su casa. El Humberto separó unos palos. Los arrimó a un árbol cerca del estero, improvisó un techo y ahí se fue a dormir.

Al otro día empezaron a llegar los containers. Ni una mula los mueve, me dijo ese día. Una grúa los bajaba de un camión y los iba ubicando en el centro del terreno. El techo del Humberto estaba al fondo, cerca de la quebrada que bajaba al estero. No tenían para cuando llegar hasta allá, pensó él, pero al regresar en la tarde se sorprendió del avance de los containers; claro, se dijo, con máquinas es otra cosa... A la semana siguiente los containers estaban sobre la huerta y pocos días después llegaron al estero, para entonces los propietarios le dijeron que ya no lo podían tener. “Y cómo no” contestó él, se rascó la cabeza y tomó su paga. Esa misma tarde subió los bultos que quedaban a una carreta, vino a despedirse, pensé que le habría gustado quedarse acá, somos re tantos le dije y partió.

-Tan ingrata como siempre- dijo Rosaura entre dientes y se alejó.

Las campanas de la iglesia empezaron a sonar, Filomena repitió para sí las últimas palabras que oyó a su hermana, dio media vuelta y entró a la capilla sonriendo, mientras en el cielo, el viento se llevaba la última nube.

EL AGUILA PERDIDA

El chillido de un ave atravesó la quebrada.

Blas miró a Manuel, levantó la vista y la posó en la copa del árbol más alto que se veía desde la planicie de la aguada. Manuel, acarició la cortapluma que Blas le acababa de regalar junto con la invitación a acampar, acomodó los leños y dejó que él los encendiera. La llama se avivó rápidamente y su perfil, cuya nariz le llegaba casi al mentón, dibujó un garfio oscuro y oscilante en la tela de la carpa que habían levantado esa mañana. Parecida a la del pirata del cuento que leía con su padre y que ahora, habiendo cumplido doce años, ya no lo asustaba, pensó Manuel y dejó que Blas contara una de sus historias. Era famoso por ellas entre los amigos de su padre. Ellos iban al cerro por una noche a marcar las vacas que estaban pastando por ahí sueltas, acampaban en grupo y regresaban sucios y cansados al otro día. Manuel desde pequeño los observaba y soñaba con acompañarlos, pero su padre no se lo permitía. Un día Blas le prometió que irían los dos solos y que recorrerían todo el quebradón. Finalmente ese día había llegado. Partieron muy temprano esa mañana, el paseo consistiría en acampar arriba cerca del pozón de la quebrada, donde el padre de Manuel, Blas y los quebradinos solían hacerlo.

-Unos años atrás -escuchó la voz ronca y pausada de Blas- vine a este mismo lugar. No recuerdo si tu papá estaba con nosotros. Arreábamos unas vacas hacia el estero para marcarlas, las traíamos desde Lliu- LLiu y había un par fiero de vaquillas nuevas. Al descender, las perdimos de vista cuando nos detuvimos unos instantes a observar el cielo más rojo del que tengo recuerdo. Yo me fui a buscarlas por detrás del canelo que está más allá del risco, ese que te mostré hoy. El cielo ya había cambiado de color cuando llegué al canelo, y me senté a esperar; sabía que más allá estaba el tajo del cerro, que era demasiado pronunciado y que ellas se detendrían ahí. Yo estaba oculto en un hueco del tronco que abría hacia el precipicio. Las sentí llegar, asomarse y retroceder inquietas.

Una de ellas, la más pequeña, volvió al borde, rasguñó la tierra con las pezuñas y nuevamente retrocedió. En ese momento, un águila se le tiró en picada. Fue cosa de segundos, le clavó las garras en el espinazo, agitó las alas y se elevó con ella. Por mucho tiempo sentí un escalofrío al recordar aquellas garras y los mugidos de la vaquilla en el aire. Al regresar al campamento, uno de los lugareños que nos acompañaba, me dijo que en lo alto del canelo anidaba una pareja de águilas.

Manuel escuchó con los ojos puestos en el fuego. Sabía que a Blas no le gustaba que lo interrumpieran, le vinieron ganas de moverse, de salir a echar un vistazo, pero se dominó y le preguntó si las águilas eran agresivas con los humanos.

-No son nada de amistosas- señaló Blas con una sonrisa nostálgica. El chillido que oímos hace un rato se parecía al de ellas. Yo las reconocía antes y no me equivocaba.

Manuel levantó la mirada hacia los árboles, la bruma no dejaba ver sus copas. Blas puso la jarra de té sobre el fuego y continuó.

-Cuando era niño, después de cualquier crujido mi mente se disparaba y sencillamente no podía cerrar los ojos, hasta que despertaba a mi abuela. Una de esas noches, ella se acercó a mi cama y empezó a hablarme de las águilas. Me contó una historia que no sé si es cierta, pero que no olvidé. Dijo que eran muy longevas, porque al llegar a la mitad de su vida se iban a un monte y, alejadas de todo, empezaban a cambiar su pico y las garras que ya no les servían para cazar. Luego de un par de meses, según ella me relató, regresaban y comenzaban la segunda mitad de sus vidas. Desde que le escuché esa historia, me empeñé en encontrar una. Oía su trompetear y les seguía el rastro, pero se guarecían tan lejos en los cerros que no podía llegar a ellas. Debo haber tenido tu edad, cuando vino un grupo de la universidad. Traían cinco águilas para soltarlas allá -señaló hacia abajo con su mano- en Aguas Frías.

La jarra empezó a levantar la tapa. Blas sirvió té en dos tazones y le pasó uno a Manuel. La neblina se había hecho tan densa que apenas se veían las manos.

-Seguí de cerca todo lo que hicieron. Los ayudé a bajar las jaulas, a sujetar las águilas y a marcarlas en las patas. Eran dos machos y tres hembras. Cuando las soltaron extendieron sus alas y volaron en dirección a esos cerros, señaló.

Blas tomó un largo sorbo de té, carraspeó, y le acomodó una manta en la espalda a Manuel.

-Volví a buscarlas al otro día hasta que pude localizarlas. No eran amistosas. Sólo se dejaban mirar de lejos. En un principio, si me acercaba se ponían muy agresivas. Pero lentamente, se fueron acostumbrando a mi presencia. Cazaban ratones y cururos; los agarraban del lomo y se los iban a comer sobre una roca o sobre un risco. Al principio, sabía donde encontrarlas, pero luego hice lo posible por dispersarlas. Me daba miedo que se las llevaran para algún experimento. Me imaginé muchas cosas, que las adiestrarían como a los monos y las venderían, que les cortarían las alas, que las encerrarían. Mi abuela, siempre me estaba diciendo que los hombres eran malos y que hacían barbaridades para sacar dinero o simplemente por entretención.

Vinieron dos veces de la universidad a ver donde estaban. La segunda vez llegó una mujer que me hizo a un lado. Terminaba de decir algo, ponía las palmas con los dedos hacia arriba, y empezaba a moverlos como si fueran alas, dejando a la vista sus largas uñas rojas. Se acercaba a los árboles y les decía nombres desconocidos para mí. En mi fantasía yo imaginaba que les estaba haciendo algún maleficio. Esa vez, trajo unos prismáticos, se los puso en los ojos y para gran sorpresa mía, fue diciendo dónde estaba cada una de las águilas. Y efectivamente ahí estaban, yo lo sabía muy bien.

El chillido de otra ave atravesó la planicie. Blas y Manuel se miraron, esperaron, y la voz de Blas volvió a oírse.

-Después de ese día empecé a discurrir cómo sacarles las marcas. En las noches se me ocurrieron distintos modos, pero ninguno de ellos me dio resultado, hasta que tomé un par de huevos de las gallinas de mi abuela y me fui donde los viejos de la quebrada. Vivían entonces en una choza cerca de esta aguada. Al regresar te la muestro, todavía tiene un par de muros en pie. Los viejos, de a poco me fueron entregando información sobre las águilas. Pero como no quería por nada que descubrieran mis planes, me costó muchos huevos saberlo. Mi abuela entretanto, me reclamaba que alguien estaba robándole huevos, y yo le echaba la culpa a los ratones.

La niebla se empezaba a hacer menos densa, una pequeña rama se desprendió y cayó cerca del fuego. Blas miró hacia arriba y continuó.

-Ellos me enseñaron algo que yo no sospechaba: a las águilas les gusta comer conejos y en Aguas Frías ya no quedaban, debido a los cazadores. Volví al día siguiente con otro par de huevos, diciendo que mi abuela estaba muy enojada conmigo, y era verdad, huevo que ponían las gallinas yo lo tomaba y me lo llevaba. Agregué que ella me había pedido un conejo para tirarlo a la olla. Los viejos se rieron y me enseñaron una madriguera. Conseguí un conejo pequeño. Lo ubiqué en una caja debajo de mi cama, esperé que creciera y mi abuela lo descubrió y lo hizo cazuela. Pero como ya sabía donde encontrarlos, puse mis lazos otra vez. Así empecé a llegar cada vez más cerca de las águilas. Me escondía y cuando llegaban por el conejo, me asomaba a mirarlas. Una tarde, me pareció que una me fijaba los ojos, entonces la llamé con suavidad, tal como había visto que hacían los viejos con los pájaros y mi abuela con las gallinas, y ella se quedó quieta. Unos días después, me acerqué otro poco, hasta que finalmente me dejó tocar su plumaje. Yo sabía que podía picotearme, pero confiaba en que entendería mis razones, por eso le tocaba las plumas y bajaba con mi mano hasta la pata marcada.

Cuando me dejó quitársela, le di unos golpes en las alas, nos quedamos un buen rato mirándonos, y de pronto voló. Me sentí muy contento. Al menos había liberado a una. Y así fue, volvieron de la universidad y no la pudieron encontrar. Vinieron varias veces por ella, se internaban en los cerros de Agua Fría, me pedían que los acompañara y yo me escurría inventando cualquier excusa.

-¿Y, la volviste a ver?-

-No, nunca más la vi. Ya no sabría como reconocerla... ha pasado tanto tiempo- agregó con tristeza.

Manuel se puso de pie, buscó una piedra pequeña y la golpeó contra un tronco. Blas entretanto observaba el fuego. Comprobó que el té de la jarra se había acabado, bostezó, esparció tierra sobre las llamas, llamó a Manuel y entraron a la carpa.

Afuera la niebla ascendía lentamente. Una luz tenue se coló entre las sombras. Manuel intentó conciliar el sueño sin resultados. Su papá le había dicho que era imposible despertar a Blas cuando ya roncaba, de manera que decidió esperar a quedarse dormido solo. La luz era más intensa y excepto por el trompetear del ave, no escuchaba nada más.

De pronto, vio que una gran sombra oscurecía el cielo de la carpa. Le pareció la silueta de un animal que tenía sus manos abiertas. Sintió miedo. Volvió a escuchar el chillido del ave. Esta vez más nítido. Había esperado por tanto tiempo pasar una noche en el cerro y ahora temía echar a perder el paseo por su cobardía. Sus piernas temblaban, el ave o animal estaba muy cerca. La imaginó levantando la carpa de un zarpazo, se le erizaron los pelos. Se sentó y aguardó. El corazón le latía a toda velocidad. Sentía los ojos pesados. El ave trompeteaba una y otra vez. Acomodó su mochila como una almohada y metió la cabeza debajo, ¿sería el águila perdida? Sacó la cabeza y se levantó.

Caminó por la explanada y se internó en el bosque. Oyó el grito

claro y cercano. Esta vez reconoció de dónde provenía. ¿Y si era capaz de encontrar el águila perdida? Aguzando su oído siguió por un sendero que ascendía, las ramas le interceptaban el paso, debió cortar algunas hasta que llegó a otra planicie. Gracias a la luz de la luna pudo ver el valle y divisar el poblado. Entre las casas reconoció la suya. Sus padres estarían durmiendo. No se imaginarían ni por asomo que él andaba solo en el bosque a esas horas. Continuó subiendo. Ya no había ramas que cortar, la vía estaba despejada. El ave chilló otra vez, y el sonido ahora le pareció como un canto. A lo lejos se divisaba el canelo que Blas le había mostrado. El pájaro trompeteó más cerca. Apresuró el paso, en esa parte el camino tomaba un recodo y dejaba de subir. Todo era como le había contado Blas. Llegó al pie del canelo, avanzó unos pasos hasta asomar su cara al precipicio. El vértigo lo hizo retroceder. Miró hacia el sendero, las sombras parecían animales, otra vez. Son sólo sombras, se dijo, aunque sintió que sus piernas flaqueaban. Regresó con dificultad al canelo. El ave emitía ahora otro sonido. ¿No era más amistoso? Alzó la mirada y pudo ver estrellas únicamente. Avanzó otro poco: ahí estaba la hendidura. Levantó un pie, luego el otro y se introdujo en el orificio...

SUBSIDIO

En noviembre le habían dicho una cuota más y tendría el puntaje hasta que el día de Pascua le avisaron que sí; sólo faltaba que fuera a buscar las llaves. Pidió permiso por unas horas en la farmacia donde trabajaba de aseadora, se quitó su traje verde y partió a la Municipalidad: el funcionario le explicó que la vivienda no podía permanecer desocupada, que cuanto antes tenía que irse a vivir allá, y le extendió un papel con la dirección anotada y las llaves. Cuanto antes, repitió Teresa con una sonrisa de lado a lado y salió a la calle, todavía sin creer lo que le había sucedido. Tenía su casa. Todos esos años trabajando para vivir independiente y su momento había llegado por fin. Levantó la vista hacia las copas de los árboles de la vereda. Imaginó la sonrisa de Mauricio, su hijo, cuando supiera, y sintió que volaba como esos aviones que veía pasar de cuando en cuando. Qué bien, suspiró orgullosa, ninguno de su familia... -eran ocho hermanos, viviendo en la pequeña choza familiar, y ella la única mujer. Porque otra cosa es irse a vivir a la casa que le dan a uno; o arrendar por ahí, se dijo cuando trepó a una micro detenida en espera de pasajeros y le pidió al chofer que le avisara, mostrándole el papel que le habían dado. Debía ocupar la casa lo antes posible, volvió a decirse, tomó asiento detrás del chofer y al pensar que eran pocas sus cosas, el rostro enjuto del Pancho –el chofer de taxi que la pretendía y al que ella le daba la larga- le cayó encima. ¿Qué excusa le daría ahora? “La casa y después ‘veímos’”, recordó que le decía. Giró sus grandes ojos oscuros hacia la ventana: la micro estaba detenida. ¿No sería mejor bajarse y caminar o tomar un colectivo sólo por esta vez? El chofer encendió la radio, unos villancicos empezaron a escucharse. “¿Y como a qué hora va a partir?”, le preguntó Teresa. “¿Apurada?”, le respondió él, aceleró el motor, tocó la bocina a unos peatones que se acercaban y siguió esperando. Ella se repantigó en el asiento y suspiró inquieta. Su madre no le creería, sus hermanos tampoco: la menor y la primera en tener una propiedad; acarició el par de llaves que aún no soltaba; pero, ¿cómo lo haría con el Pancho?, miró el reloj y el inicio del

recorrido la tiró contra el respaldo bruscamente; siguió dándose tumbos y saltos de paradero en paradero: en la farmacia tampoco le creerían, se gritarían entre ellos: “oye, ¿sabís la última de la Hormi de la quebrada?”. Así la llamaban y ella se reía y continuaba barriendo o trapeando las baldosas blancas. Su madre la había educado de ese modo, levantó los hombros sin darse cuenta y recordó lo que ella le decía: “soy mujer y tenís que trabajar el doble. Aquí, para ellos – estiraba sus labios y señalaba a los hombres de la casa- ajuera pa’ti ”, y así no más había sido, sonrió y la imagen de su padre sentado junto a la mesa esperando que su madre le llevara el plato de comida, vino a su mente; cómo se alegraría él al saber...suspiró y escuchó la voz del chofer: “¡aquí es!”.

Bajó tan rápido como pudo, sus ojos reconocieron apenas el lugar que había visitado meses atrás, cuando las casas empezaban a construirse. Tomó la bocacalle de tierra, avanzó sin percatarse de la mujer que regaba la vereda, tampoco reparó en la existencia de un pequeño almacén donde se ofrecía pan fresco y bebidas, ni en el grupo de jóvenes que conversaban en la esquina. No escuchó el reggaetón que iba y venía con el viento. No vio que un poco más allá estaba la garita de los buses, ni que la Villa Covadonga era la última agrupación de casas antes de que los cerros de pobre vegetación dominaran la vista hacia el sur. Anduvo rápido hasta llegar al letrero con el nombre que anunciaba su papel: las casas, aún deshabitadas, ahora estaban pintadas de distintos colores; finalmente, eran de dos pisos, tenían dos ventanas en el frontis y un patio requete bueno... Aguzó el oído: alguien le preguntaba si venía de la Municipalidad. Sin decir palabra, mostró el papel y le indicaron una de las viviendas del fondo. Caminó con la vista puesta en la puerta blanca, leyó el número 16 en un cartón a un costado y al llegar lo arrancó. Respiró profundo e introdujo la llave. En su pecho reventaban miles de gorgoritos, contuvo una carcajada, entró y miró la escala que llevaba al segundo piso. El chillido de contentamiento que emitió se escuchó retumbar en las paredes. A su derecha estaba el salón con una ventana que miraba hacia la calle, dando la vuelta

en rededor de la escala había otra ventana y al fondo, la cocina con una puerta que abría al patio. Se asomó, allí plantaría las hierbas y más allá rosales, le gustaban tanto las rosas, y también plantaría un pino para recordar la fecha y decorarlo con luces en Pascua, y un parrón, había que tener sombra bajo la cual sentarse a descansar, se rio otra vez. Subió al segundo piso, se afirmó en el muro del que se dijo sería su dormitorio con una cama sólo para ella, imaginó los muebles que compraría a plazo; fue a la segunda habitación, la que sería del Mauricio, ¡durmiendo en una pieza enterita para él! ¿Qué hora era?, le quedaba tiempo todavía, bajó y se sentó en las gradas de la escala. La casa parecía calientita, se dijo, pues ese año había sido especialmente frío el invierno, sobretodo, después de subir a tranco firme los tres kilómetros por el camino de la quebrada; pero ahora, qué importaba, suspiró contenta y una puntada en la espalda la hizo pensar que ya no era tan joven, y sin saber por qué recordó al padre del niño. Lo que había tenido con él había sido un accidente que era mejor no recordar. Él era tan cargoso, ella tan pajarona...Decían por ahí que los tragos amargos había que pasarlos rapidito y ella había obedecido: “si te he visto no me acuerdo”, sonrió. Qué bueno había sido dejar las cosas así, ahora no tendría que dar razón, pensó aliviada mientras se ponía de pie. El Mauricio, como si fuera sólo suyo; no sabía nada de su padre y tampoco mostraba interés. Ya tenía ocho años, cuatro menos de los que ella trabajaba en la farmacia, ¿qué hora era? “Ta’ bien que te busqué otro, ese que te trae a veces en el autito, ta’ re güeno...” le decían sus compañeras de la pega refiriéndose al Pancho y ella se reía no más, porque de amarrarse con alguien, ella no era de esas, aunque a veces se sentía sola, especialmente los domingos cuando no le tocaba trabajar y entonces ahí estaba el Pancho esperándola. “¡Parece que ahora estoy jodida!” largó una carcajada y volvió a escuchar su voz entre las paredes. Una vez más quiso recorrer la vivienda, al fondo estaría la mesa con las sillas, se acercó a la ventana y la abrió. El viento trajo el sonido del reggaetón que ahora si escuchó. Siguiendo el compás de la música con las caderas, asomó medio cuerpo a la

ventana: ahí afuera jugaría su niño con sus amigos nuevos, de vez en cuando ella conversaría con la vecina y alguna vez hasta le podría encargar al Mauricio, por la calle pasaría uno que otro auto, en la noche los faroles iluminarían su entrada. Todo sería tan distinto a lo que había vivido, suspiró con alegría. Sus hermanos vendrían a visitarla, sus padres también... ¿y al Pancho, qué le diría a él...? La música de pronto cesó: “¡acá no cabe el Pancho!, dijo, miró la hora, se sobresaltó y salió corriendo al paradero.

ÉL LE REZA A UNA

“Ahí me enteré de lo que hacía él...” dijo Magaly y despejó las últimas cosas que habían quedado en la mesa. Ella y sus dos primas acababan de almorzar a la sombra del parrón. Magaly fue por un paño y tuvo la ocurrencia de enseñar a sus primas a hacer queso fresco.

Rosalía y Eduvigis habían llegado de visita la tarde anterior. “Hacen manualidades en su casa de Santiago -le había contado Magaly a la señora Cuca, su vecina- no tienen hijos, ni marido; deben andar por los cuarenta, creo, pero parecen mayores; viven de la pensión que les dejó el cascarrabias que fue mi tío...” “¿Y como qué manualidades hacen?” le había preguntado la señora Cuca. “Leseras que no sirven pa’ na’. Las traen de regalo y mis niños las botan.”

“Hagamos un queso... – propuso Magaly cuando regresó al parrón, pasó el paño por la mesa y fue a recoger la ropa seca- no cuesta na, a mí me enseñó la señora Cuca, mi vecina, gritó desde el tendedero, la esposa de don Pepe que les contaba, si quieren les puedo enseñar...”

Las hermanas se miraron con ojos soñolientos, hacía tanto calor, pero Magaly con su cara de ratón no podía estarse quieta; ni soñar en contradecirla, pensaron ambas, compartiendo una mirada de complicidad.

“Hacer queso... ¿ahora? Termina de contar mejor...” pidió Rosalía.

A diferencia de sus primas, ella trabajaba de sol a sol y lo hacía bien contenta, pensó Magaly mientras tendía la ropa, aunque mantener “las parcelas” le daba mucha ocupación últimamente. La de la izquierda, la de la derecha, la del centro, así las habían llamado con su padre, quien había ido vendiendo los pedazos de tierra que los circundaban. A veces, ella debía correr como liebre entre una y otra, sonrió para sí, y se dispuso a prender el fuego de la cocinilla de afuera comentando que la leche de caja servía lo mismo, pero Rosalía al adivinar sus intenciones la interrumpió: ellas de hacer ya

habían tenido bastante con su padre enfermo, abrió los enormes orificios de su nariz, miró de lado el líquido que empezaba a agitarse en la olla y se apartó.

“Ahora le ponen el yogurt natural encima y dan vuelta...” agregó Magaly y revolvió suavemente la leche. Y así una no tiene tiempo para pensar en leseras...” agregó sonriendo y las hermanas se miraron.

“¿Tú pensai muchas leseras, porque lo que es nosotras...? Dijo Eduvigis, al tiempo que subía los hombros.

“A veces... de noche me acuerdo que también existe “el maligno” – largó una risita nerviosa y continuo- ¿ven? sin sacar la leche de la olla tiran el jugo de un limón y dejan quieto por unas horas.”

“¿Y eso es too?” preguntó Eduvigis, pero su prima no la escuchó, porque ya estaba barriendo enérgicamente el patio. Las hermanas tomaron asiento aliviadas. Rosalía se acomodó en la silla, apoyó sus pies sobre un piso y empezó a cabecear. Eduvigis, entretanto, se distrajo siguiendo los rayos de luz que atravesaban las parras, hasta que el sonido de una bocina la distrajo: “Son los de la derecha, voy a abrir...”, dijo Magaly, al dejar la escoba. En ese momento el canto de los pájaros se intensificó y Eduvigis miró a su hermana con ganas de hacer recuerdos, pero Rosalía dormía con la cabeza hacia atrás. De niñas, cuando venían a pasar las vacaciones a la quebrada, se acercaban a los nidos de los queltehues y la pájara las salía persiguiendo...

“Como les decía hace un rato... donde la señora Cuca me enteré que Don Pepe, su marido, es sanador.” señaló Magaly apenas regresó.

“¿Sanador? -preguntó Rosalía y miró su entorno con ojos perdidos. Había vuelto a soñar con esos pájaros oscuros...- ¿no hablabas del maligno?”

“Sí, pero esta es otra historia. Un sanador es como un curandero,

aclaró Magaly y continuó: el otro día estábamos con la señora Cuca haciendo quesos afuera, llamaron y me pidió que fuera a abrir. La casa es igual a esta, la entrada da a la calle y el patio está pa'tras; hay que pasar el comedor pa' ir a abrir.” Eduvigis y Rosalía asintieron.

“Estaba tan oscuro adentro que no me veía las manos. De repente escuché una voz que venía del fondo del pasillo, un murmullo ronco que iba y venía. Una carraspera como una queja de dolor que volvía y volvía a repetirse. Yo conocía a Don Pepe y había oído que quitaba el mal de ojo a los animales, pero eso no ma'. Paré la oreja: no sé si él rezaba o se lamentaba, a mí me dio por acordarme del diablo -el maligno ese que les decía-, sentí un escalofrío en la espalda y me apuré para llegar donde la señora Cuca. ‘Era la Olga, le dije y viéndola se me pasó el susto, venía para avisarle que la niña seguía lo más bien.’ Ella sonrió y me contó que su marido la había mejorado. ‘A la pobrecita le costaba respirar y ver, además, se iba pa'l lado, pero después que estuvo con el Pepe, salió caminando derechita’ –me dijo orgullosa.

“¿Y cómo puede ser eso?” preguntó Rosalía incrédula.

“Lo mismo me dije yo y me quedé con la bala pasada; además que la señora Cuca me confidenció que veía distinto a su marido últimamente. ‘Mejor no preguntís na' vieja’, le contestaba él cuando ella lo interpelaba, pero lo veía más cansado, más viejo, como si estuviera haciendo más de lo que sus fuerzas le permitían. Aquí hay algo raro, tengo que hablar con esa niña, pensé y a la semana siguiente la encontré a la salida de la parroquia...”

“¿Y que edad tiene la niña?” preguntó Eduvigis.

“Anda en los doce creo yo. Es delgadita.”

“Era como una nube frente a mi cara, no me dejaba respirar ni hablar. Casi no veía, me tenía la cara nublada””, me contestó cuando le pregunté por su enfermedad.

‘¿Y, te costaba caminar...?’ ‘También’ ‘¿Y, don Pepe... te sanó?’

‘Sí. Él le reza a una’ me contestó.

‘¡Ah!, y ¿cómo es eso?’

‘Se sentó en una banca de madera, me tomó las manos y me pidió que me quedara tranquila frente suyo. Se volvió y cogió un libro. Era la palabra de Dios, me enseñó, la dejó cerrada sobre sus piernas y empezó a decir rezos mientras con las manos hacía un rodeo sobre mi cabeza y mi cara.’

‘¿Y no te asustaste?’ le pregunté.

‘Sí, al principio, después cerré los ojos y esperé, me gustó oír su voz, es tan tranquila... que los volví a abrir para ver lo que hacía. Rezaba muy concentrado, le pedía al Señor piedad, que me ayudara, que yo era buena, que no me merecía esa enfermedad... - vieran su carita de alegría al decir esto- hasta que de repente sentí que se despejaba la nube. Cerré los ojos, él bajó las manos, las puso sobre el libro, ya podía irme.’

Magaly guardó silencio, la imagen de la pequeña niña alejándose de la mano de su mamá, cerca de la parroquia, volvió a su mente: al caminar daba saltitos y antes de desaparecer por el recodo que llevaba a su casa, había vuelto el rostro y sus miradas se habían cruzado.

Eduvigis y Rosalía –entretanto- temiendo que Magaly propusiera alguna otra actividad, se acomodaron en sus respectivas sillas y la animaron a continuar.

“Las cosas que le pasan a una a veces, suspiró Magaly. Este domingo, venía yo de vuelta de Limache, había ido a una diligencia ahí al lado de la virgen de las cuatro esquinas. Se me había hecho tarde, hacía rato que había oscurecido. Me bajé de la micro, miré el camino de la quebrada y recién al ver lo oscuro que estaba, recordé

que había corte de electricida'. No era la primera vez que me pasaba, así que las emprendí pa'dentro, pero al pasar debajo del eucaliptus ese grande que se ve en la curva, empecé a sentir algo raro, como si alguien detrás de los matorrales me mirara. Seguí no más, al ratito otra vez la sensación esa: desde alguna parte alguien o algo observaba mis pasos. Me volví, nada. 'Está tan oscuro que una puede confundirse' me dije y aguaité para todos lados otra vez. Volví a caminar y de repente, escuché clarito el canto de un tucúquere, levanté la vista y divisé una mancha oscura que podría ser el pájaro. Esperé y volvió a cantar. Esos pájaros de orejas puntiagudas como cachos anuncian al diablo, recordé que decían y me alejé lo más rápido que pude. Pasé el puente como alma en pena. De las arenas del estero subía un aire helado. Mis pasos, igual que los de un ratón, raspaban el pavimento y se escuchaban rápidos y claritos. Una neblina tupida, esa que baja por la ladera del 'tres puntas', empezó a rodear el camino. Traté de divisar a alguien, nadie. Las casas estaban a oscuras. Otra vez el tucúquere cantó y me dije: 'Magaly deja de pensar leseras, ya vai a llegar a tu casa'. Seguí a tranco firme. Calculé que ya estaría cerca de la casa de la señora Cuca, cuando la visión de una figura oscura, en medio del camino, me paralizó. Apreté mi bolso, no había como arrancar en esa oscuridad. Me salí del pavimento y avancé lentamente. El corazón se me salía por la garganta. La figura de una cosa o persona, no sé, parecía esperarme. Mis dientes empezaron a castañetear. No sabía qué era lo que estaba ahí, por qué no se movía, Después de unos minutos en que la figura seguía estática, avancé con mucho cuidado y al acercarme más, me pareció ver, en su contorno, la figura de Don Pepe. Suspiré aliviada, pero el alivio se me pasó al descubrir a la altura de mis ojos, dos luces rojas como dos pupilas humanas que se giraban y me seguían. Lo más raro era que detrás de ellas no había, o yo no alcanzaba a ver, un rostro, sólo la forma esa oscura y las dos pupilas rojas que brillaban como dos carbones encendidos. Dejé de respirar. Avancé otro poco y comprobé con horror que la forma o lo que haya sido poseía tres piernas, dos que llegaban al suelo y una

tercera más larga. Quise correr a perderme. Los que habían visto al diablo aquí en la quebrada decían que tenía figura de hombre y cola de animal. Aterrorizada lancé un grito con mi boca bien abierta y todas mis ganas, pero en vez de escucharme, oí aquella carraspera. Una y otra vez la carraspera que lijaba el aire como un quejido, recordándome el sonido que ya había escuchado, y cuando estaba al límite de mi aguante, una voz tranquila, cariñosa, cercana, me dijo: ‘¿usted también lo vio?’ Cerré mi boca de una. ‘Trataba de espantarlo con mi bastón’, agregó y desapareció.”

Y PA QUÉ NOS VOLVIMOS

“En el cerro ese, al final de esta calle que se llama avenida Argentina, caminan hasta donde se separa en tres, toman por la calle chica, suben harto, una casa verde como los tebos” dijo, y tomó el tren de vuelta a Limache, cuando ellos, Rogelio y José, aún miraban tanta construcción y auto, tanta gente apurada, el tren que ya había pasado tres veces, el ascensor que subía y bajaba el cerro, los cerros llenos de casas, una calle que pasaba por encima de otra, y otra que terminaba en un túnel al que iban a dar los camiones. Se encaramaron en la reja que corría junto al tren y apostaron por cuál de las tres pasaban más coches, pero avistaron los carabineros. Sabían que ellos se llevaban a los niños a la capacha y de ahí a otro lugar donde nadie los iba a buscar. Ellos se habían llevado al papá un día recordó Rogelio y tiró de la manga a José. Avanzaron por la vereda de la ancha avenida, tomaron una calle lateral, un pasaje y esperaron.

Unas gotas pequeñas, suaves, diminutas empezaron a caer. Se cobijaron bajo un alero. En la calle vieron el reflejo de una luz roja e intermitente que pasaba. Las gotas aumentaron y se hicieron más grandes. A los pocos minutos estaban empapados. Llegaría la noche, pensó Rogelio. Debían buscar la casa de la tía, José no quería caminar. Rogelio lo convenció y caminaron bajo la lluvia hasta que reconocieron las tres calles. Ella les había dicho que tomaran la más chica, derechito, derechito. Subieron y subieron. Más y más arriba ¿Llegarían alguna vez? ¿No vendrían los carabineros y se los llevarían?

De pronto divisaron una casa de color verde. Sonrieron contentos. Suponiendo que la tía aceptaría sólo a uno de ellos, Rogelio golpeó despacio primero, más fuerte y más fuerte. Apareció una señora gorda y grande con cara de burro. Rogelio habló, contó una historia, la repitió, ella dijo que no era posible, que buscara en otro lugar, él volvió a hablar, decir, recordar, hasta que la mujer abrió más la puerta, José se coló por abajo y Rogelio entró.

Los llevó a una pieza, diciendo que por esa noche no más, que ella no podía tenerlos, que mañana se iban y cerró con llave. El lugar olía a humedad y ellos tenían las ropas mojadas, se acomodaron debajo de una mesa y se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, la tía los bajó al plan, ella no estaba para hacerse cargo de nadie, que no la metieran en líos, que así le dijeran a su mamá. Eran las diez de la mañana cuando se bajaron en el paradero de la quebrada, en un día frío y oscuro. Caminaron por Bellavista a paso lento, ¿a dónde ir? La mamá les había dicho que no volvieran, que no los podía tener. Que ya con once y nueve años se las tenían que apañar. Siguieron avanzando y casi por inercia entraron a la parcela de don Manuel. Habían vivido en la casa chica junto al portón desde que tenían recuerdo, su mamá era la cuidadora y hacía las cosas de la casa grande. Pero Don Manuel había vendido la propiedad y ellos se habían tenido que ir.

Rogelio recordó de pronto que en la parcela del lado había dos naranjos grandes, cuyas ramas colgaban hacia la propiedad de Don Manuel. Recogieron la fruta que les cabía en los bolsillos y sin darse cuenta llegaron al parque que rodeaba la casa vecina. El automóvil no estaba. No había perros. Dieron una vuelta. Todo estaba cerrado. Tomaron asiento en una banca que enfrentaba la entrada a la casa, donde solían estacionar los autos. El sol arriba se colaba entre las ramas altas y brillaba con fuerza. Una suave brisa movió las hojas. La luz encandilaba los ojos.

José quiso subir a una casucha de juegos que había muy arriba sobre un eucaliptus. Rogelio que empezaba a aburrirse echó otra mirada a la casa y le pareció que la puerta que daba al corredor de la entrada estaba junta pero no cerrada. La empujó y se abrió lentamente. Sólo se escuchaba el viento en los árboles. Entró a una pequeña pieza oscura donde reconoció una percha, sombreros, botas y otra puerta. Giró la manilla, abrió. Sus pies rozaron las baldosas frías. Se quedó muy quieto y de a poco empezó a reconocer algunas cosas. De pronto escuchó una respiración. Más

bien un ronquido. Alguien dormía sentado en un sillón. Se acercó. Era un señor, tenía la cabeza hacia atrás y la boca abierta. En sus piernas había un periódico desplegado. En el suelo alcanzó a distinguir una bolsa con mercaderías, un manojito de llaves y una billetera. Se acercó otro poco. El señor no se movía, roncaba. Dio tres pasos más y la cogió. Huyó con el corazón golpeándole el pecho, pasó por la habitación oscura, llegó a la luz, se restregó los ojos y vio a José.

La billetera tenía muchos billetes y otros papeles que no eran dinero. Era mucho, mucho dinero, dijo Rogelio: mejor sería que se fueran a Villa Alemana.

Frente al teatro Pompeya estaba tocando una orquesta, la gente decía que en cualquier momento hablaría el alcalde. Compraron maní, chocolates y un par de helados, y como el que iba a llegar no llegaba y los carabineros andaban rondando, se fueron a la plaza junto a la estación a ver una pichanga. José gritó y alegó por los goles del equipo de azul. Rogelio lo hizo callar y luego de un rato le preguntó si no había visto a los carabineros. “¿Yo?”, contestó José, distraído. “Vos, quien ma’ va ser”, le dijo Rogelio. Regresaron a la quebrada y antes de meterse a la casa chica, miraron hacia la parcela del lado y vieron una luz encendida.

Rogelio se despertó temprano, estaba revisando los billetes que le quedaban y sintió pasos afuera. Se quedó un buen rato quieto esperando. Nada. Se levantó, empezaba a aclarar. Escuchó el canto de un gallo y luego el ladrido de unos perros. Volvió a entrarse y despertó a José. “Vamos”, le dijo y partieron antes que los quebradinos salieran de sus casas. Se bajaron en Barón. El día estaba despejado y caluroso. Se acercaron a la estación del ascensor y lo tomaron. Desde arriba vieron el mar y los barcos en la bahía. “¿Y si nos vamos en uno ‘deso’?” dijo José a Rogelio, “tai más loco y cómo nos volvimos...” “Y pa’ qué nos volvimos, nos quedamos allá...” replicó José mostrando el horizonte.

¿Y si volvían donde la tía?, tal vez ella los dejaba por unos días, les daba una sopa. Subieron por la calle más chica, arriba y más arriba. “Ya sabí, te quedai al lado”, le dijo Rogelio. “¿Y si cierra antes?” “Te jodí.” Rogelio golpeó. La puerta se abrió de inmediato y detrás de ella la voz de la tía dijo: “Pasa no ma’ ...toy haciendo el cuerpo. Entraron y esperaron. No hubo sopa, ni quedarse por la noche: directo al paradero y a la quebrada de vuelta.

Caminaron en medio de la oscuridad. Los perros ladraban a su paso. En la parcela del lado, había una luz encendida. Antes de tirarse al suelo de la casa chica a dormir, José se puso a llorar. Rogelio le dijo: “Si no te estai callao te pego” y ambos cayeron en un sueño profundo. A la mañana siguiente, terminaron los restos de dulces y luego de hurgar en los envoltorios y papeles sueltos que habían ido dejando, se miraron las caras. No les quedaba nada. Ni comida, ni dinero. Rogelio inspeccionó la habitación: ¿no había algo distinto en la pieza, un olor diferente, no era olor a... señor? “T’amo’ fritos”, dijo y agregó: “Te quedai acá mientras voy a dar una guelta”. José reclamó, pero su hermano le mostró el puño y le dijo: “Ya sabí”.

Hacía frío. Ningún pájaro cantaba. Echó un vistazo: todo seguía igual. Bajó al estero, se mojó la cara y tomó agua. Fue hasta el pozo y tiró una piedra. Buscó una rama para hacer una honda y no encontró ninguna. Se acercó al parque del lado. Tampoco allí había ramas adecuadas, además necesitaría un buen cuchillo y no lo tenía. ¿Estaban los dueños o se habían ido? El auto no estaba. Cruzó entre los árboles. No había ni una gota de viento. Si la puerta por donde había entrado estaba cerrada significaba que no había nadie.

Estaba cerrada. Miró por las ventanas. Las cortinas también estaban cerradas, pero una de ellas dejaba ver un pequeño resquicio de una habitación. Para entrar tendría que romper un vidrio, sólo para conseguir el cuchillo, se dijo. No, mejor era irse e intentar coger un par de naranjas para el día. Se quedó unos minutos más: caminaba frente al corredor, cuando escuchó el sonido de unos autos

que se acercaban. Fue a esconderse detrás de unos arbustos. Un coche entró y se estacionó junto al corredor. El mismo señor que días antes dormía con el diario encima se bajó del auto, dejó la puerta abierta y se puso a mirar los árboles. En vez de entrar a la casa dio una vuelta por el parque, fue al estero, desapareció detrás de unas matas y luego salió abrochándose los pantalones. Era alto y grande, observó ahora Rogelio.

Lo vio venir y tomar asiento en la banca donde él y José habían estado un par de días atrás. Se quedó quieto por un buen rato. Parecía esperar a alguien. Rogelio empezó a aburrirse. El señor no se movía y él quería irse. ¿Estaría durmiendo? Cogió una pequeña rama y la tiró a un costado del banco. No estaba dormido, pues giró el rostro con una sonrisa en la boca. ¿De qué se reía? Era imposible que lo viera. ¿Pero si él podía verlo, por qué el señor no lo veía a él? Comenzó a inquietarse. Sintió que lo miraban. ¿Y qué tenía que lo descubrieran? no había hecho nada malo. Ni una naranja había tomado... ¿Y si salía y le pedía algo para comer? Tal vez le regalaría mercadería de esas bolsas que traía en el auto. Desistió de la idea.

El señor se puso de pie y se dirigió a la casa, tomó un llavero de su bolsillo, dejó abierta la puerta y desapareció adentro de la casa. Rogelio miró el cielo. Las hojas seguían quietas. Pasaron unos minutos, ¿en qué estaría el José? Que no se le ocurriera venir. Salió del escondite, era el momento de irse, pero había dos puertas abiertas, la del coche con las bolsas de mercadería y la de la casa, donde probablemente el señor se habría quedado dormido. Caminó con cautela por el sendero. Vio que desde ese lugar se divisaba la casa chica. Se detuvo: ¿él los habría visto? Imposible.

Aguzó el oído, no escuchó nada. Una pequeña brisa comenzó a mover las hojas de los árboles. En ese momento divisó la figura de José. Caminaba hacia él. Rogelio le hizo un gesto para que se alejara. El sonido de otro auto se aproximó. José siguió avanzando hacia él. Las hojas se movían arriba. El auto entró al parque.

Rogelio recordó la casa de juegos. De un salto trepó el eucaliptus y llegó arriba. Entonces vio la luz roja intermitente sobre el techo del auto de los carabineros.

TODA UNA COSA

La Marianita miró los muros inclinados, las grietas abiertas, el orificio en el techo por donde se veía el cielo claro entre vigas desprendidas y al fondo unas bancas roídas; pero cuando descubrió que la puerta lateral de la pequeña parroquia abría hacia la cancha de fútbol, la ceremonia se esparció en su imaginación como bandada de tórtolas: era el lugar adecuado.

De las monjas clarisas no había rastros, sí de ratas y lechuzas, señaló después a doña Laureana, su madre. Ambas vivían solas en la casa de uno de los pocos fundos que aún permanecían como tales en la quebrada. Doña Laureana lo había obtenido luego de la separación del padre de Marianita, del cual nunca más tuvieron noticias.

En Limache se podían buscar manteles bordados o ir a Valparaíso donde los anticuarios, agregó la joven. La copa y “todo eso” lo pondría el cura, señaló, tropezándose con las palabras y el entusiasmo, mientras doña Laureana sacaba una pastilla para aliviar los bochornos y revitalizar ese ánimo que día a día venía derrumbándosele. El piso lo arreglarían con tablones que había en la bodega; le echarían una mano de pintura y lo demás... Doña Laureana le pidió que esperara, que todavía no entendía, que la dejara respirar... ¿es que entonces pretendía restaurar la parroquia abandonada? Por supuesto, aclaró su hija al instante. Miró un punto lejano en el cual volvió a verse entrando hasta el altar, sonrió y dijo que sería como “toda una cosa”.

“Toda una cosa” repitió doña Laureana sin comprender. De qué hablaba la Marianita. ¿Habrían abierto las ventanas de la galería o lo habían olvidado otra vez? Se recostó un poco más en la tumbona, “toda una cosa” volvió a decir con la mirada perdida. Su hija tenía cada ocurrencia, aunque era más prudente de lo que ella misma había sido, pensó con orgullo. Pero había que estar pendiente para que no fuera a tomar el camino equivocado. Un sopor insoslayable cerró sus ojos y cayó en un sueño pesado que a los pocos minutos se

transformó en pesadilla. Despertó respirando una bocanada de calor, miró las ventanas cerradas y divisó la escena que venía repitiéndose hacía un tiempo: la Marianita deshaciéndose a besos con su pololo; ahora, entre las cortinas del comedor.

29

Él había terminado recién sus estudios de contabilidad y trabajaba en una empresa importante, pero era un débil de carácter, callado y misterioso, pensó, aunque tenía una mirada inquieta que atraía y desconcertaba. Doña Laureana restregó sus ojos, se secó la frente y se vio en brazos del padre de la Marianita, los dos caminando de la mano por el jardín, sentados en una banca, en algún rincón abrazados; después, ella hablándole del embarazo, luego, el matrimonio, y más tarde, las peleas... No se lamentaba de haberlo dejado: otro débil de carácter, pensó y tomó un vaso de agua. Aclaró su garganta, se encaminó hacia el comedor y comentó en voz alta que estaba de acuerdo con preservar la tradición. ¿Qué?, preguntó la Marianita asomando dos mejillas rojas. Es importante guardar las costumbres, le recordó doña Laureana y continuó su andar lento.

Entonces, si de guardar las costumbre se trataba, la Marianita decidió mantener el color blanco de las paredes de la parroquia, hizo ajustar los tablones originales en el piso y afirmar el viejo campanario, aunque prefirió cambiar la antigua cruz. Los lugareños alegaron que había sido bendita en 1800 por el cura de las clarisas, las fundadoras de la iglesia. Dijeron que gracias a aquellas bendiciones el camino de la quebrada había quedado libre del maligno. Y quién aseguraba que esa historia de las monjas y el cura fuera cierta, les preguntó la joven. Ellos se miraron, se les arrugó más la curtida piel y se alejaron sin decir palabra.

Con el nuevo madero instalado en la cúspide, ella habló de traer electricidad porque el humo de las velas molestaría a los feligreses. Y para qué se necesitaba electricidad allí, inquirió alguno. En ciertas ceremonias de la comunidad sería necesario usar micrófonos,

parlantes y tal vez pantallas, contestó la joven. Los vecinos se volvieron a mirar, uno movió la cabeza en señal de desaprobación, otro contestó que más de algo malo ocurriría en la quebrada, y el más viejo resopló entre suspiros, que a él no le ponían “niuna cosa d’ esas” en el funeral.

El primer domingo que las campanas volvieron a llamar, doña Laureana, intranquila por los avances que presenciaba día a día entre las cortinas, se encaminó hacia el comedor, preguntó a su hija si ya estaba lista la parroquia, y agregó que hacía un calor exasperante. La Marianita, levantó un rostro azorado, pero sonriente. Esa tarde llevó a su pololo a un paseo por el caserío aledaño a la cancha de fútbol. Caminaron entre el polvo, observaron las casas que se estaban construyendo, el kiosco cerrado, una bandada de tordos bajo un espino. Se detuvieron frente a la iglesia y ella lo invitó a conocerla. Empujaron el portalón y un vaho pesado los obligó a retroceder. Tomaron asiento en una banca, las paredes exhalaban olor a pintura fresca, advirtió ella y lo condujo al campanario, susurrando que temía caerse, entonces él la sujetó con suavidad. Arriba, ella le mostró el sitio donde había encontrado el nido de lechuzas, y al descender tuvo la sensación de que él le quería decir algo. Mientras avanzaban hacia el altar, ella le habló en voz muy baja de las monjas, las bendiciones y las creencias de los lugareños. Él la escuchó en silencio hasta que dijo que le gustaba la gente que mantenía las tradiciones. Ella lo miró con ojos bien abiertos y asintió. Llegaron al altar y él agregó que le agradaban las fiestas de campo. Fiestas de campo, preguntó Marianita en voz alta. Sí, alcanzó a decir él, pero un grupo de perros empezó a ladrar en la entrada y debieron salir por la puerta lateral.

Pasaron los días y como él permaneciera sin decir palabra, la joven fue donde su madre a pedir ayuda para que él se decidiera. Doña Laureana sacó fuerzas, encargó pastillas y probó hierbas: de una semana a otra se la vio activa y entusiasta. Invitó a su familia y a la de él, quien después de los agasajos se alejó un par de meses por

razones de trabajo, según dijo. A su regreso, lo esperaban las tertulias de campo a las que vinieron los lugareños a contar sus historias, y durante las cuales se le vio sonriente e interesado. Sin embargo, fue requerido una vez más en su empresa. Cuando volvió, Doña Laureana había organizado paseos en carreta, trajo ornitólogos y expertos en aguas. Como el joven todavía observaba el despliegue de las dos mujeres sin hablar, ellas decidieron reacondicionar la casita del cuidador. La dejaron como un chiche, lista para ser habitada. Finalmente, una noche, después de dar una larga caminata solo, el joven hizo la pregunta esperada a la Marianita.

Al mes siguiente, un enorme toldo blanco cubrió la cancha de fútbol para acoger a los invitados al matrimonio. Esa tarde un viento como ninguno del que se tuviera recuerdo azotó la quebrada. Los lugareños presagiaron calamidades. Desde su propiedad, Doña Laureana supervisó los preparativos de la ceremonia, aunque los cortes de luz y teléfono le dificultaron la tarea. Al otro día, muy temprano, llegó un camión cargado de víveres, cocineros y mozos. Mucho antes de las doce, y cuando los técnicos ya habían instalado las pantallas y los micrófonos, un extraño fenómeno cortó las cremas y avinagró los vinos; una camioneta salió rauda hacia Limache, mientras los viejos vecinos se encaminaban a la iglesia vestidos de domingo. En la hora prevista para el inicio de la ceremonia, la Marianita se observaba detenidamente en el espejo con su traje de novia. Los muros de la pequeña parroquia, donde ya la esperaban sus familiares y amigos, mostraban las huellas de antiguas grietas; los tablones del piso crujían con el peso de los invitados, más de una banca cojeaba y la nueva bisagra de una de las ventanas altas cedió, de manera que el marco colgaba peligrosamente inclinado. Así y todo Doña Laureana, entre saludo y saludo se regocijaba de alegría, repitiéndose que esto sí era “toda una cosa”. “Toda una cosa”, le susurró al oído al novio cuando avisaron que la Marianita estaba por llegar. Sin entender lo que ella decía, él devolvió una mueca condescendiente. Los invitados volvieron sus rostros a la puerta: el novio y doña Laureana caminaban hacia el altar. “Mira la cara’e

muerto del firmeza”, dijo uno de los viejos y la frase dio vuelta el recinto. Llegó la novia y el coro empezó a cantar. En el momento en que ella subía las gradas de la entrada y avanzaba sonriendo, se escuchó una seguidilla de campanadas. El coro cantó más fuerte. La novia giró su rostro hacia la ventana inclinada. La cantante dio su nota más alta. Doña Laureana se puso a llorar. De pronto, una de las invitadas preguntó si no estaba temblando. El cura levantó un hombro, el novio palideció más y mientras la Marianita seguía su lento avance hacia el altar, su novio giró el cuerpo, caminó en dirección a la puerta, y corrió, corrió y corrió...

ILUSION OPTICA

Ella le había pedido, le había rogado que dejara las reuniones, que escondiera los libros, que quemara los panfletos. No más recibir paquetes y guardarlos. Ya hacía suficiente en el hospital de Limache atendiendo gratis, regalando su trabajo, por casi nada, decía ella. “Esto es otra cosa, harina de otro costal”, le contestaba él e insistía con lo mismo. “Obedecer a un maniático, a un asesino”, gritaba enfurecido mientras ella le ponía la mano en la boca, lo silenciaba a besos, dejaba caer un almohadón en su enorme cabeza. Porque él era un hombrón. Casi un gigante de metro noventa. El más alto, el más grande, recordaba ahora.

Mejor que no oyeran sus frases porque la política había sido una vergüenza con Allende, y los políticos unos sinvergüenzas, decían, y ella le decía a él que los partidos estaban clausurados y sus dirigentes en el exilio o desaparecidos. “¿Es lo que pretendes, lo que deseas para nuestra familia, nuestros hijos?”, le preguntaba sollozando. A ella no le interesaban esas cosas. Quería vivir en paz. Tenían su campito, las abejas, los mismos árboles que habían sido de sus padres y de sus abuelos. Quería educar a sus hijos. Regresar con ellos en las tardes y no encontrarse con sorpresas como la casa allanada o él desaparecido, porque así pasaba en otras partes, le hablaba ella con dulzura, con voz entrecortada, intentando convencerlo, cambiarlo.

“Justamente porque eso ocurre es que tengo que seguir en la lucha”, le contestaba él categórico. “Ya han pasado tres años de dictadura y si alguien no se opone, los militares se quedarán para siempre en el poder”, agregaba. “Y qué nos importa que se queden o se vayan”, alegaba ella. “Tienes trabajo, los niños están sanos, las abejas no cejan, la miel se vende bien. Las cosas del país tienen que solucionarse de a poco”, terminaba con voz suave. “Una generación completa perdida. Una generación de castrados y sumisos”, arremetía él. “No es sumisión, es inteligencia. Hay que ser estúpido

para exponerse como tú lo haces. Todos los días alguien se me acerca y me dice que tengamos cuidado, que se los llevan a los cerros detrás del Agua Fría, que vienen de noche o muy temprano en la mañana, en camionetas oscuras, no siempre de uniforme; que los sacan a empellones, apagan cigarros en su piel, los fusilan”, lloraba desesperada. “En cualquier momento nos ocurre a nosotros, ¿por qué no entiendes? Mejor huyamos del país”, agregaba. “¿Irse?, jamás”, gritaba él con su vozarrón. “Dejar mi país a estos bandidos, prefiero estar muerto”. “Prefieres la tortura”, lloraba ella, “¿la muerte?”. “Sí, prefiero”.

Esa mañana, él se atrasó entre el baño y el desayuno, cosa que nunca le ocurría. Ella había despertado con un dolor extraño detrás de las orejas. Seguramente de tanto escuchar lo que dicen él y ellos, pensó rabiosa. Se tomó un par de aspirinas y salió a toda prisa con los niños, porque él parecía no querer irse de la casa ese día. Eran las 7:15. Tomaron el atajo y llegaron acezando a las 7:30 donde pasaba una furgoneta escolar. Pidió que se los llevaran por esa vez. Los niños le hicieron señas y partieron.

Era pleno invierno. Las aguas del estero se escuchaban correr. Los álamos con sus ramas desnudas se veían más oscuros contra la escarcha que subía por las lomas. De vuelta no tomó el atajo, regresó caminando rápido por el pavimento. Abrió el candado de la puerta de la reja que daba al callejón y la dejó junta, enganchada con el candado abierto. El camino de baldosas de la entrada estaba resbaladizo y húmedo. Se deslizó, pero alcanzó a afirmarse. Todavía no eran las ocho. Su marido aún no salía. Entre bromas y caricias la persiguió por la casa. Ella alegó que tenía dolor de orejas. “Se te va a pasar”, le dijo él, “no hay mejor remedio”, agregó sonriendo; pero ella, ahora lo lamentaba, había insistido con lo del dolor y se había escapado hacia el gallinero. Al salir divisó la figura de su vecina, haciéndole señas desde el potrero que colindaba con su propiedad. En un principio se extrañó y luego le dio risa. Sí, risa de verla manotear como una loca, en medio del frío con la camisa de dormir

aún puesta y el pelo suelto, ella, que siempre iba tan arreglada Bellavista abajo, de compras a Villa Alemana. Recogió los huevos, volvió a mirar y no la encontró. Había desaparecido. Atravesó el potrero hacia la casa de ella. La llamó, le gritó, se entumió de frío y no obtuvo respuesta. Ni sus perros ladraron. Se habrán metido a la casa con ella pensó, y se vino creyendo que había sido una broma. Una ilusión óptica como solía decirle su marido. Ilusión óptica, recordaba que había repetido varias veces antes de entrar nuevamente a la casa y no encontrarlo. Llamarlo y ver que su auto estaba aún estacionado afuera y que todavía el reloj no daba las ocho. Gritar su nombre, salir, resbalarse en la escarcha y comprobar que la puerta de entrada y la reja estaban abiertas y el candado en el suelo.

LA ANIMITA

Cada vez que alguien entra por el camino de la quebrada se detiene a mirarla. Nunca está sola. A diferencia de otras, ésta tiene un de vidrio transparente que la envuelve y en su interior se divisa una sola vela que no se apaga, dicen los lugareños. Está ubicada entre dos espinos, desde donde cuelgan hojas de papel como guirnaldas. Si uno se acerca alcanza a distinguir en ellas, bosquejos a carboncillo. A un costado, una camiseta de fútbol impresa con el rostro de una joven se balancea con el viento. Abajo del rostro se lee Isabel en amarillo.

Isabel caminó apurada por Bellavista, de su casa al paradero eran dos kilómetros: aguzó el oído y lamentó que no viniera nadie para llevarla. Empezaba a clarear. El cielo, cubierto de niebla, dejaba ver una luz rosada que aumentaba a medida que la niebla se disipaba. Escuchó el ladrido de un perro, seguido del canto de un gallo en la distancia. Inspiró el olor dulce que impregnaba el aire esa mañana, acomodó su mochila en la espalda y continuó a paso firme.

Hacia dos años que sus padres habían decidido mudarse a la quebrada, a la parcela que habían comprado para ir los fines de semana. A ella le gustaba el lugar, aunque la caminata diaria se le hacía pesada. Prefería estar lejos de la mayoría, le agradaba ser distinta; el asombro de sus compañeros de universidad cuando les contaba dónde vivía la regocijaba.

La noche anterior se había quedado hasta muy tarde, escribiendo por qué las animitas no eran obras de arte. Debía entregar ese día su ensayo en la universidad en Valparaíso. Era el último plazo. No era frecuente que ella dejara las cosas para el último, pero no le había sido fácil encontrar el tema. La idea de la animita le había venido a la mente recién el día anterior, al ver una desde el bus que la traía de regreso a su casa y recordar que con sus padres las observaban cuando iban de vacaciones. En los caminos por donde pasaban las había de todos los tipos y formas: de madera, de concreto, de vidrio,

de lata, una placa de cemento o una sola cruz; algunas decoradas con remolinos; otras, con flores plásticas, hasta con juguetes, alguna con una pelota de fútbol; otras, simplemente mostraban un nombre y una fecha, pero la que más había llamado su atención la habían visto en el norte, cerca de San Pedro de Atacama.

Venían de vuelta de los Geiseres del Tatio, su madre manejaba porque su padre estaba cansado y se había querido dormir. Ella y su hermana cantaban: Si es que al final tendrás en tu inventario lo que llegues a amar. Después no tendrás tiempo de volver a empezar, ahora es el momento, inténtalo encontrar, inténtalo encontrar... y su mamá, jugando les hacía la segunda voz. Isabel había visto la animita de pronto y se habían detenido: estaba a un costado del camino, en medio del silencio y de cerros y más cerros de arena y tierra, junto a un montón de piedras y sobre un montículo de barro, bajo la inclemencia del sol del norte. Era de madera y de color verde encendido, con techo en dos aguas. En el frontón, coronado por dos travesaños pintados de color amarillo, se leía “Papo y Patricia”. Desde la cumbreira y sobre la letra “y” nacía una pequeña cruz de extremos rojos y centro blanco, a la que abrazaba un ramo de flores secas. Tenía una puertecita de rejilla cerrada con un alambre curvo y en sus costados, dos rectángulos amarillos. En el interior se veían flores y ramas. La estuvieron mirando un buen rato, tanto que su padre se había despertado y las había encontrado preguntándose a qué familia pertenecería, quiénes serían Papo y Patricia. Imaginaron su historia; tal vez -dijeron- “Papo” era el padre y “Patricia” la hija fallecida. Isabel conjeturó que él no había fallecido, que sólo había querido formar parte de la animita; su hermana, en cambio, sostuvo que ambos habían muerto y que habían sido pololos. Su madre se preguntó si esa animita haría favores, o sólo serviría de recordatorio.

Esa mañana, caminando por Bellavista, aunque ansiosa por llegar a la hora, Isabel iba contenta. Pensaba que –después de todo- su ensayo era bien original. La noche anterior, un montón de ideas tomadas de sus profesores –Isabel cursaba el tercer año de

pedagogía en arte- se había agolpado en su cabeza. Las animitas, decían ellos, a diferencia de las obras de arte, no pretendían ser originales, ni identificarse con su autor, no obedecían ni eran representativas de una época; no eran espejo de ninguna realidad, ni acomodaban su forma a lo que contenían. Su valor no está en distinguir como en congregar, había escrito Isabel con alegría, sin saber si la frase era suya o la había leído por ahí.

Volvió a acomodar su mochila a la espalda y a respirar el aire fresco de esa mañana de principios de primavera: los espinos estaban con sus flores abiertas, ese día más que nunca le evocaron el arte japonés, y le vinieron deseos de pintar. Imaginó una ventana desde donde se veía una mancha amarilla y a un costado el rostro de una niña, observando al observador del cuadro. La mancha sería plana y dispareja, el rostro estaría apenas delineado, casi como un golpe de luz que disputaba la atención del color amarillo. Su imagen no tenía nada de japonesa, sonrió, pero le gustaba ese contraste entre color y luz, entre borrón colorido y forma insinuada. Pensó que tendría que esperar para pintarlo, pues esa tarde participaría en el partido de fútbol en la quebrada. Su madre le decía que no fuera tan desparramada, que se dedicara sólo a su carrera y ella no podía, las ganas de hacer muchas cosas le brotaban, no sabía de dónde.

Había integrado el equipo de la quebrada hacía unos meses, ya habían ganado un torneo, y ahora estaban animadas para continuar ganando, pero debían entrenar, ella en especial, porque la verdad, se dijo, era bien mala para la pelota, aunque le hacía empeño. Raúl, su pololo, se reía de su afán por mejorar en el fútbol, de puro celoso, pensó Isabel esa mañana. Ya tendrían tiempo para ellos cuando vivieran juntos por ahí, lo trataba de convencer ella. Juntarían un poco de plata en trabajos esporádicos, él se encargaría de organizar las cosas, agregaba ella y él aceptaba. Era muy bueno, iba diciéndose Isabel, cuando escuchó el sonido de un motor que se acercaba. Formarían una pareja como la de sus padres. Giró la cabeza, parecía un camión por lo alto de sus luces. Sus padres se

veían contentos y se querían tanto. Dio un paso hacia el centro del camino para que el conductor la alcanzara a ver. Levantó la mano, si la llevaban no perdería el bus de las siete. El camión se acercaba muy rápido, agitó más su mano. Parecía no verla. Se asustó, ¿el tipo estaba ciego? , intentó salir del camino, tratando de correr a la berma...

EL INCENDIO

“¿Los vio pasar?”, preguntó Filomena restregando sus manos inquieta. “¿Los carabineros...?” dijo Julia sin levantar la vista del macramé que tejía. “En la quebrada andan buscando al... ¿cómo le dicen a esos que provocan los incendios, señora Julia?”. Julia hizo una mueca con los labios y pensó que ya se acordaría, aunque no sabía por qué todos insistían en hacerle preguntas si ella no era letrada. “Ojalá lo pillen luego para que todo esto acabe, ¿no le parece, Julita?”

Otra vez con las preguntas, pensó Julia y miró la puerta que abría hacia la consulta del doctor, la última paciente que había entrado ya llevaba un buen rato adentro. A ella le habían dado el número dieciocho al llegar al policlínico esa mañana, pero había mucha gente, mamás con guaguas, ancianos, mujeres mayores. Ahora dos niños buscaban una pelota debajo de las piernas de un pobre anciano que roncaba con la cabeza apoyada en la pared. Por qué tantos enfermos, algo andaba mal en el mundo, pensó, ella no entendía. Le habría gustado tanto saber más, tener más conocimientos. Volvió la mirada hacia sus agujas y estiró la carpeta: “¿Usted no hace macramé, señora Filo?”

“Ahí vienen de vuelta...” dijo Filomena y acomodó su gran trasero en el asiento. “Me gustaría preguntarles...pero llevan apuro, se ve que no andan lesiando” agregó, siguió a los carabineros con la mirada hasta que salieron de la sala, juntó sus manos, jugó con sus dedos y vino a su mente la imagen de las llamas; desde su patio veía cómo día a día ganaban terreno. Ya iban cinco días desde que el fuego había empezado, suspiró; se apagaba un poco en la noche, pero a medio día ahí estaban otra vez las llamas arrasando matorrales, espinos y un cuanto hay. No entendía cómo algunas personas permanecían indiferentes, había que hacer algo.

“No se afane tanto, Filo, qué más puede hacer usted...” – Julia cambió el tono persuasivo de su voz y continuó – no la vi en las clases de la señora Macalley el otro día ¿por qué si a usted le gustaba

tejer? La señora Macalley viene los jueves y nos juntamos al lado de la parroquia, en el salón de actividades. Para una sin instrucción es difícil llegar a tejer como ella lo hace...”, recordó la bufanda tornasolada que le había visto hacer a la profesora: casi puro nudo alondra, aunque también llevaba josefina y al final diamantes, de colores claritos... como un arco iris, sonrió para sus adentros, porque se regocijaba pensando en la de cosas que sus manos podrían hacer... “Y además -continuó con voz suave- en la clase conversamos muchas otras cosas...”

“Ya no me dan ganas de tejer, sabe, menos ahora con lo que está pasando... imagine usted si esto sigue...” se interrumpió Filomena y contrajo las cejas hasta formar con ellas un amasijo de pelos y carne sobre la frente. “Se oye en la cancha –agregó bajando el tono- entre los viejos esos que se instalan en sillas de lona a mirar los helicópteros, que son los mismos de la Conaf los que encienden los pastos para seguir con pega. Se ponen de acuerdo con los otros” aseguró, orgullosa de su idea. “Los otros, cuáles otros”, le preguntó Julia y vio que Filomena estiraba las cejas y buscaba una pastilla en el bolso.

Julia se puso de pie, dejando ver sus piernas cortas y delgadas, su estatura de metro cincuenta y el chaleco rosado con arabescos que ella misma se había tejido. Caminó hasta la puerta tras la cual estaba el doctor, miró su cartón con el número dieciséis, regresó al asiento, empezó un nuevo nudo y Filomena tragando la aspirina la escuchó decir: “el otro día encontré unas lanas muy bonitas en Limache, las tiñen ahí mismo, y me ofrecieron palillos especiales para el reumatismo, ¿los conoce señora Filo?” “No, no ve que ya no tejo, ahora no me preocupo d’esas cosas” le contestó Filomena e intentó echar un vistazo al grupo de personas que había al fondo de la sala.

“¿No es la Rosita esa mujer que se ve allá?” acomodó su espalda al respaldo de la silla y continuó: “una no sabe qué pensar... es verdad que su hijo andaba rondando el día que el fuego se disparó, se acuerda, Julita, donde mismo empezó todo. Cuentan que le viene

como un gusto por las llamas. Una no se figura, aunque el Chileco dice que lo vio, imagínese usted, ¿será cierto? ”

“Qué va a ser cierto señora Filo. Inventan... por maldad o pa’ entretenerse, no crea esas cosas. Mire que va quedando bonita la carpeta, ahora empiezo con el diamante, dijo estirando el macramé sobre sus pequeñas piernas. Dicen que cuando una teje se le van todos los malos pensamientos por los dedos... ” agregó mientras abría los suyos. Filomena movió inquieta el trasero, cruzó las manos sobre sus piernas y le preguntó quién era esa señora Macally.

“Macalley –la corrigió Julia. Es una pena que no asista a sus clases, son tan buenas, hablamos de todo. Por ejemplo, la última vez nos comentó que el mundo hoy día estaba como un macramé de nudos sueltos. Como si todos los puntos se hubieran ido y quedaran puras hilachas, y ella dice que más vale estarse quieta - le advirtió en voz baja. Es bonito lo que habla, me siento contenta cuando la escucho; pero usted, señora Filo, por qué sólo tiene oídos pa’...- y bajó la voz aún más, hasta terminar en un susurro- lo malo”.

“¿Yo?...” Filomena levantó los hombros, tomó aire, se repantigó en la silla y estaba por contestarle cuando la puerta de la consulta se abrió. Todos enmudecieron. Ella bajó los hombros y fijó una mirada beatífica mientras el doctor decía: “Julia Salvatierra”.

Apenas Julia desapareció, los que esperaban se reacomodaron. Una joven comenzó a amamantar a su guagua. El anciano que dormía con la cabeza apoyada en la pared se despertó, dio un bostezo y fijó su mirada vidriosa en Filomena. Abrió y cerró la boca varias veces, se agarró de los costados de la silla e intentó pararse. La mujer de chal que estaba a su lado le tomó el brazo, pero él se zafó airoso y volvió a apoyarse en la pared. Los dos niños de la pelota salieron a jugar a un costado de la ruca. Filomena movía inquieta sus ojos entre la puerta de la consulta y la gente: esa misma tarde iría a conversar con el Chileco, tal vez podía averiguar algo más y en una de esas...

La puerta de la consulta se abrió: todos vieron aparecer a Julia sonriendo y dirigirse donde Filomena, quien al verla estaba

diciéndose: “y ésta que no se preocupa más que de su macramé, qué se trae tan contenta...”

Julia se inclinó sobre su hombro: “Me acordé de la palabra que me había preguntado Filo... sobre el que provoca incendios. Los llaman “Piro-malos”, le dijo y se alejó.

EL RETROEX

Aquí llevo al niño mientras hago la ronda, y voy pensando y diciéndome las cosas que me gustaría que oyeras; pero te fuiste antes que yo regresara esta mañana. Miré las sábanas revueltas, tomé al niño de su camita y salí con él. Más tarde fui a despertarte como siempre, recién entonces me di cuenta que el bulto entre las sábanas era una almohada. Dicen que corriste hacia el troncal muy temprano, con un bolso y la cara triste, ¿por dejármelo, no es cierto? Estarás recordando tantas cosas. Llenabas la artesa ahí donde el sol llegaba fuerte y lo sentábamos, tú sonreías y el manoteaba en el agua. Yo tenía la toalla a mano, tú me lo pasabas y yo le refregaba la cabecita primero, después todo su cuerpo, eso le daba cosquillas y empezaba a moverse para que le hiciera más. Entonces tú me decías que no había que hacerle tanto juego, que sería un mal criado y yo no te hacía caso. ¿Ves que fue mejor así? al menos tendrá ese recuerdo alegre, esa enseñanza, así lo voy a criar de ahora en adelante. Me las arreglaré para que no descubra que te fuiste. No sé cómo lo haré con las rondas nocturnas, hoy lo tengo conmigo y él duerme lo más bien. Lo llevo muy abrigado, colgando sobre mi pecho, con el poncho encima. Al amanecer empezará su conversación. ¿Te acuerdas que a veces me arrancaba de la vigilancia porque sabía que tú estarías rezongando, despierta tan temprano? Corría por los senderos, le oía sus gorjeos, lo mudaba y me iba rapidito otra vez a terminar la vuelta. En las noches de luna pensaba: y por qué no traerme al niño, si está clarito y tibio por estos lados y él iría lo más bien entre mis brazos. La escopeta la tengo en la espalda y si es menester usarla, al niño lo puedo dejar unos minutos entre el pasto. Así me decía, sin imaginar que tendría que llevarlo conmigo porque tú no estarías con nosotros. Sé que te aburrías, que no eras para ser esposa de un rondín en una quebrada perdida entre cerros. Al principio me decía que sabías a lo que venías; después cambié de parecer. Es verdad que este es un trabajo ingrato en un lugar solitario y alejado. Hay que saber conversar con

uno en estas serranías. Tener algo que decirse, más de noche. De lo contrario se te hace pesado el silencio. Y eso es lo que yo debí haber previsto contigo. Tú, que habías vivido en el pueblo, con tus amigas y tus compromisos, cómo ibas a soportar esto, cuando eres una parlanchina, buena para los bailes... ¿te acuerdas esa vez que bailamos esos corridos en la fiesta del rodeo acá en la media luna? Fue entonces que nos conocimos, recuerdas, venías de Limache con tu grupo de amigas, ¿dieciocho años tenías? Me dijiste que no te gustaba la vida en la casa de tus padres, que con tu mamá no te llevabas, que tus hermanos eran pesados y que querías hacer lo que te diera la gana. Cómo qué, te pregunté yo y me contestaste, como bailar contigo. Te vi tan bonita con ese vestido a rayas que llevabas puesto y yo vivía solo ya tanto tiempo. Me pregunto qué viste en mí. Parece que te gustó que yo fuera fuerte, grande; ‘todo un guardia’, decías sonriéndome; valiente y anticuado como un cowboy de una película del oeste, de esas que ya casi no dan en la tele. Incluso te parecía muy bien que estos lugares fueran tan tranquilos. Yo no creo que me mintieras, debo haberte parecido un tipo mayor, yo ya tenía treinta y cinco años y llevaba más de diez trabajando de rondín nocturno. Y, eso de que quisiera pedir tu mano y casarme por las dos leyes, te causó risa: ‘me voy contigo así no más’, señalaste. Pero yo insistí y hablé con tu papá, allá en su casa de Limache. Me puse el traje oscuro y una corbata, al pasar le corté unas rosas a tu mamá y se las llevé. Ella me miró extrañada, dijo que nunca tu papá le había llevado flores, que se habían casado sin tener ninguna cosa pero sí mucho apuro, y largó una carcajada. También me sonreí, yo al menos tengo mi rancho, le dije, y eso, aunque fuera acá lejos en los cerros, le gustó. Al venir por estos lados, tú me habías dicho: “es como estar en el cielo”; pero después, cómo te paseabas sin saber qué hacer; tratabas que los días se acortaran levantándote tarde y en las noches no querías que yo me fuera. Y, luego, iba cada tanto a ver cómo estabas, y claro te sentías incómoda con el niño creciendo ahí dentro tuyo. Cuando nazca, ella estará mejor, me decía yo. No fue así. Nació y te pusiste peor. No querías

nada más que dormir y cuando el niño te pedía leche tú alegabas que te dolían los pechos, que no acababas de darle y ya estaba llorando otra vez, entonces yo me desesperaba de oírlo llorar y empecé a enojarme contigo. Por qué no darle leche si él pide. Es un Bahamondes como yo y necesita alimentarse bien, recuerdo que te grité, una mañana. No debí haberlo hecho. No debí sobrepasarme, es que verte ahí en la cama con esa cara de indiferencia mientras el niño sólo pedía que lo pusieras al pecho, fue algo que me sublevó. Eres menuda, yo soy fuerte y grande como estos cerros que recorro... Allá lejos, la luna nueva me recuerda tu cara de alegría, tu sonrisa de niña traviesa. Ese día que bailamos, me gustaste tanto. Supe de inmediato que no descansaría hasta casarme contigo. Alguna vez dijiste que a ti te había pasado lo mismo, ¿será cierto?; ¿cómo puedes quererme y no querer al niño, no es él lo mismo que yo, que tú? Empezaste a echar de menos a tus amigas, pero yo no quise que fueras por ahí con él. Aunque me dicen que te las arreglabas para salir, yo no supe. No quiero creer esas habladurías, prefiero pensar que se te hacía muy pesada la carga del niño y que tal vez, alguna noche fuiste hasta el portón a distraerte. Las sombras de la noche te asustaban cuando viniste conmigo, al principio. Y es natural, nunca antes habías estado en estos parajes solitarios. Volvámonos a la casa, qué tanto cuidas estos cerros, me decías y yo te explicaba que no era sólo vigilar los cerros, que venían chatos malos a robar fruta y a carnear los animales del patrón. Los perros están inquietos, escucho sus ladridos mientras la luna se esconde en los cerros del poniente y recuerdo esa vieja canción: *“Despacito entraste en mi alma, como entra en la carne una daga me rompiste mi vida y mi alma, pero amor con amores se paga. Andarás por veredas ajenas y tendrás mucho más que conmigo pero el mundo está lleno de penas y esas penas serán tu castigo.”* A esta hora estarás durmiendo por ahí, ¿sola? Cuando vuelva a la casa no te veré y me duele el pecho de pensarlo... tantos años viviendo solo, echando el escozor de la soledad a un lado y ahora... ¡haberme acostumbrado contigo! Pero no bajaré a buscarte, voy a pensar que

volverás a cuidar el niño. Que te vendrá la pena y las ansias de verlo, porque no espero que regreses por mí. Dicen que tenías otro, no quiero ni imaginarlo. Ahora que amanece, el niño se despierta, mueve sus manitos y hace ruidos con su boca, le daré la leche y esperaré para cambiarlo, no vaya a ser que cuando acabe la ronda y regrese, te encuentre...

EL LAWENCHAFE

“Mire mi niña, yo sólo soy el lawenchafe, entiéndame usted, así como el doctor necesita de la enfermera o del auxiliar, los machi necesitan de nosotros, los yerbateros que ayudamos en la sanación de las personas. Esto es una comunidad en que participamos todos y cada cual tiene su rol, usted por ejemplo, viene a preguntar; esa señorita que ve allá, barrer; el doctor que acaba de pasar... y así, cada cual cumple su tarea. A mí me tocó esto de sanar con las yerbas que tienen su indicación, porque no es cosa de ir dando cualquiera así no más, no; esto es una ciencia sepa usted, una ciencia que viene de mucho antes, de quién sabe cuándo y de dónde, que para saber de’so hay otros encargados y no yo.”

“Claro, yo era del sur, de los altos del Bio-bio y usted se extraña de verme aquí en este policlínico. Es que las cosas se van dando en la vida, usted sabrá, yo soy nacido de madre mapuche y papá winka, mi abuelo era machi y él no más que me enseñó de todo esto que hago hoy en día, que si no hubiera sido por él, yo no estaría acá.”

“Yo andaría por los doce allá en los altos del Bio-bio, donde vivíamos con mi mamá y mi papá, cerquita de mi abuelo don Juan Caneo Yacapán, que en paz descanse...”

“¿Él? A él, el sueño se lo llevó hace ya hartos años, ya nos habíamos venido por estos lados, pero yo iba todos los veranos a pasar mis vacaciones con él, y claro, lo veía hacer sus cosas. Antes que nada, se purificaba junto al rehue y a mí me gustó re tanto eso de pedir por la energía del viento, de la lluvia. Yo pensaba, así él se hace fuerte y ninguna enfermedad lo puede atacar.”

“No, no era un canto, era una danza lo que hacía. Con una ramita de canelo, mi niña, él bendecía como se bendice allá en mi pueblo el trigo, el maíz, los piñones, el pan: en un tiesto de greda ponía agua, se ubicaba frente al rehue, iba untando la mata de canelo con agua y la levantaba así, ¿ve? Y bendecía, dando gracias por el aire, por la tierra, por los alimentos. Eso hacía, lo primerito de la mañana. Yo que era un cabro chico, imagine usted, mi niña, cómo miraba. Me

salía de la cama temprano y corría a donde mi abuelo, me escondía detrás de un árbol a seguirlo porque me daba cosa eso de irlo a interrumpir como otras gentes, y cuando yo ya veía que había terminado, ahí me acercaba y él me decía, ya sé cabro que estabai mirándome y yo me le hacía el leso. Pero le gustaba que yo aprendiera y que fuera intruso, me decía: ‘tú vai a hacer lo que mis hijos no han sio’ y los ojos se le ponían brillosos de puro contentos.”

“Sí, mi niña, él tenía una ruca de totora con un fogón al medio y las yerbas y las aguas; la ruca estaba al fondo del sitio de su casa, allá cerca del río y ahí llegaba la gente a buscarlo. Si quiere conocer una como la de él -porque ésta que yo me hice no es tan, tan igual- puede ir a conocer la del hospital de Peñablanca, usté entra no má’ por urgencia que está abierto todo el día...”

“No, no hay horario pa’l machi, él, un día de la semana tiene que recolectar sus yerbas en las mañanas tempranito. Los otros días, hasta la noche atender a la gente. Mi abuelo se pasaba el día entero adentro de la ruca, yo me fijaba que iba llegando uno y otro con sus dolencias, igualito que aquí no má y que allá adentro con el doctor. Pero él leía las aguas también, eso yo no lo hago, a mí no se me dio esa facultá.”

“Es que yo tuve un sueño, para ser machi todo viene en los sueños, sepa usté. Mire mi niña, yo andaría en los doce, como le estaba diciendo, y me vino el sueño. Soñé, pues, todo lo que usté ve aquí, tal cual. Yo me venía al norte y me construía una ruca en un policlínico. Era bien raro en ese tiempo, imagine usté hace cuántos años atrás de mi sueño, ¿cuarenta, cincuenta? Entonces ni se pensaba que nosotros iríamos a estar en los policlínicos, pero así no ma’ lo soñé y se lo conté a mi abuelo y él me volvió a decir “tú vai a hacer lo que mis hijos no han sío” y así se fueron dando las cosas de mi vida.”

“A mi papá lo trasladaron cerca de Santiago y nos vinimos todos, pero en los veranos yo me iba donde mi abuelo y salíamos los dos a recolectar yerbas: de mañanita partíamos con el saco al hombro, uno

pa cada uno. Recorriamos los cerros y los bajos, tomábamos de aquí y de allá mientras él me mostraba y nombraba: ‘sanguinaria, para la sangre; zarza parrilla, para la gota; peumo pa’l hígado; murtila pa’l envejecimiento, maqui, siete venas, rosa mosqueta, todos los pastos sirven, me decía: acuérdate. El saco se iba llenando y yo sentía que se me iba el alma del cuerpo. Me imaginaba siendo una persona importante con mis yerbas al hombro de vuelta a la casa.”

“Como le decía, mandaron pa’ este sector a mi papá, cuando yo había dejado los estudios hasta por ahí no ma’ y empecé a trabajar de sastre. Sí señorita, en una fábrica. Mirando es como se aprende. ¡Si llegué a coser un terno entero en un día! pregunte no más en Confecciones Rodríguez.”

“ Pero el bicho de las yerbas me tenía picao y salía los domingos a hacer mis recolecciones por aquí cerca, en los cerros de la quebrada pa’ ya pa’ Limache y en los alrededores, hasta que un día me dije, hará unos diez años, ya es tiempo que cumplai tu sueño y empecé con las hierbas en la calle, en el centro primero y después acá afuera, al lado del poli, hasta que llegó el día que se cumplió todo y aquí me tiene atendiendo como usté ve”

“¿Yo ser machi? Como me gustaría serlo, pero ese es un sueño que no he soñado. Machi era mi abuelo, yo soy sólo lawenchafe con tres rucas a mi cargo, eso soy, y dios quiera que por mucho tiempo más...”

A TAJO ABIERTO

Ese día, nos entretuvimos con los gatos cuando fuimos con mi hermana Manuela por los quesos donde la señora Cuca. Además de la gata que conocíamos había cuatro gatitos recién nacidos. Uno se subió a la cabeza de mi hermana y desde ahí le daba zarpazos a la cara. Ella se reía y yo también.

En la casa no había mucho de qué reírse. Mi mamá andaba de mal humor y era como si las cosas estuvieran al revés. Mi papá también estaba inquieto, pero eso no era tan malo para nosotros. Aunque de todas maneras, ahora la pichanga de la tarde no corría. Todos los días él me estaba diciendo que esa tarde no, que mañana. En eso ya llevábamos como un mes hasta que le reclamé, juntó mucho sus gruesas cejas negras, me explicó que tenía preocupaciones y que ya se le pasarían. Yo estaba esperando que se le fueran porque a mí lo que más me gustaba era ese rato en que él hacía de arquero y yo le metía goles. Como él era re malo para atajar, yo ganaba casi siempre, y ningún día dejaba de pasar su mano por mi cabeza y decirme campeón. Menos cuando la Manuela venía con nosotros si mi mamá la dejaba. Mi mamá no la dejaba mucho: tienen que leer juntas todas las tardes. La profesora dice que la Manuela va atrasada y mi mamá, que la profesora es mala para enseñar. Yo creo que mi mamá tiene la razón porque la Manuela sabe hacer hartas cosas, siempre que no sean de la escuela. Se las arregla lo más bien, aunque es muy fundía, dicen mis amigos, y es verdad; por casi nada se pone a llorar, yo creo que también por ver a mi papá.

Ese día, habíamos ido a los quesos juntos porque mi mamá la había obligado. Mi mamá es bien enojona, es mejor obedecerle, si se enoja se le abren los hoyos de la nariz con forma de pala que tiene, y es como si lo fueran a tragar a uno. Cuando hablan con mi papá, yo le miro la nariz, y ya sé si se va a poner pesada con él. Mi mamá quería conversar con mi papá, ese día, por eso nos habían mandado a donde los gatos, después me di cuenta. A veces ellos conversaban

harto, en esas semanas más que nunca, entre medio de lo que hacían, claro: mi mamá, la comida para nosotros y las gallinas, además de irnos a buscar a la escuela y de leer con la Manuela; y mi papá, sus trabajitos en la quebrada. Había veces que no tenía pega y se quedaba en la cama calentito mientras mi mamá lo llamaba para que la ayudara. Ella es bien fregada pero correcta, decía mi papá; él trabajaba en lo que le pedían, sabía hacer de todo, hasta lo acompañé a hacer un pozo: mientras él sacaba tierra del fondo del hoyo, me pedía que me asomara y que le conversara. Él tiraba la tierra con la pala hacia arriba y yo le preguntaba cosas, pero empezó el incendio. Fue entonces que empecé a soñar que yo era un pájaro gris que sobrevolaba los cerros de la quebrada, me salía un pecho gordo y colorado como de gallo y de ahí caía agua. Yo volaba y mojaba la tierra como lo hacían los helicópteros del incendio. Con mis amigos los íbamos a mirar y mi papá se arrancaba del pozo y nos acompañaba, aunque él más estaba en los cerros con los vecinos para despejar las matas y que no cundieran las llamas. Ni una mañana se quedó en la cama, o estaba en lo del pozo o en los cerros con las brigadas de la Conaf.

Hablábamos harto con mi papá, él es re conversador: yo le preguntaba que para qué había que cavar tan profundo al hacer un pozo, o por qué salía agua de allá abajo. Él me explicaba todo muy bien: mi papá tiene mucha paciencia dice mi abuela. Ella nos vino a buscar ese día, justo cuando llegamos de donde la señora Cuca. Yo me dejé llevar, me gusta ir a la casa de mi abuela, queda cerca del estero grande, podemos subir hasta la fosa del Carrizalillo y tirar piedras a la poca agua que le queda. Mi abuela me dijo ese día que mi papá se tenía que encontrar un trabajo de fijo. Yo le alegué que él trabajaba de fijo en cualquier cosa y que siempre había pega para él, pero ella se rio y habló de los containers -del sitio ese que era de la tía Maruja. Los containers contratan gente, se la llevan al norte a una mina y pagan re bien, me dijo con su voz ronca. Ella fuma harto y mi papá le esconde los puchos para que el corazón no se le ponga enfermo. Muchos ya se han ido, agregó ella ese día. Yo le dije que

no quería que mi papá se fuera a trabajar a ninguna mina, me acordaba bien de los 33 que se quedaron atrapados y que si no es por esa máquina redonda que los sacó, se mueren. Ese día en la noche, cuando volvimos de donde mi abuela hablé con mi mamá y ella me contestó que mi papá recién se había ido al norte, pero a averiguar no más para trabajar afuera, en las oficinas de la mina, me aclaró. “Para eso nos llevaron donde la abuela” le grité y ella me pegó un coscacho porque no me deja que le grite.

Anoche soñé que todo estaba oscuro. Que iba por un túnel donde había pájaros negros, plantas negras, piedras negras y yo me iba poniendo negro hasta que al fondo vi que había alguien y desperté todo transpirado. No le quiero contar a mi mamá, me va a retar, me va a decir que deje de pensar, siempre es lo mismo, dice que deje la cabeza sosegada. En cambio, si le pudiera contar a mi papá, él se reiría: la última vez que le conté del sueño del pájaro que mojaba los cerros, me dijo riéndose que estaba re bueno. Pero mi papá no está. Ya perdí la cuenta de los días y no vuelve del norte. A veces pienso que no va a regresar y me dan ganas de irme para allá. Mi mamá no se acuerda bien como se llama la mina, mi abuela dice que se llama “A tajo abierto”, no sé si podré encontrarlo...

LA MOTONIVELADORA

Magdalena la buscaba hacía tiempo. Que no fuese tan grande como para romper los árboles ni tan chica como una “bobcat”. Esa tarde salía del estacionamiento del supermercado cuando la vio entrar, amarilla, reluciente: la motoniveladora dio una vuelta con agilidad y quedó de cara a la calle. El joven que la manejaba paró el motor y empezó a hurgar en la mochila que descansaba a un costado de su asiento. Magdalena detuvo el auto y fue a hablar con él.

-¿Hace trabajos particulares?- -Depende, de dónde- -Aquí al lado, bajando esa cuesta...-señaló ella con la mano. -¿Antes de Limache?- -Sí, frente al Patagual, ¿conoce?- -No, pero llego si me explica- dijo y agregó- ¿... es mucho? -No, es bajar el lomo de un camino, 500 metros de lomo. No creo que sea más de una

hora. -Todos dicen lo mismo- sonrió él y ella también. -Bueno, vaya y vemos, ¿cuándo puede?- Él miró el nivel del estanque de bencina, y

dijo: -Hoy, a las cinco-

-De acuerdo-

Cuando Magdalena abrió el portón a las cinco, el joven venía llegando. Era finales del verano, el pasto de los cerros estaba ajado, la sequía cubría con una pátina descolorida los pocos árboles aún en pie y los espinos. Desde la máquina, él miró por donde descendía la huella de grava, luego echó un vistazo general al lugar y le preguntó:

-¿Vive sola aquí?-

-No, abajo están mi hijo y mi marido- señaló ella- ¿Puedo ir con usted arriba de la máquina?-

-Claro, si no le importa- contestó él sonriendo y con cara pícaro continuó -y ellos...

-Cada uno está en sus cosas- dijo ella rápidamente, se agarró del pescante y agregó: voy lo más bien aquí.

-¿Empezamos entonces?, vamos a retroceder y avanzar varias veces. Se levanta mucho polvo...-

La motoniveladora raspaba el lomo del camino, avanzaba con cierta dificultad y retrocedía rápido emparejando la tierra. El joven la dirigía con movimientos precisos y perfectamente coordinados. Iba alerta al manubrio, a la palanca de cambios, y a la vez mostraba un rostro sonriente y alerta. Magdalena, sujeta con su mano derecha del pescante, lo observaba maniobrar, mientras su cuerpo se remecía a cada sacudón.

-A Ud. le gusta ver el trabajo.- Le dijo el joven de golpe. -Mm...- murmuró ella sujetándose. -El que no conoce cómo se hacen las cosas, después no puede mandar... - agregó

girando las ruedas. -En el campo hay que saber de todo un poco- gritó ella por decir algo, aspirando una

bocanada de polvo que la hizo toser. -Cada empleado debe conocer los objetivos...- -¿Cómo?- -Para obtener lo que se quiere, hay que compartir los conocimientos con toda la

organización- -¿Ah?-

-Eso crea comprensión y compromiso compartido- -¿Tú, crees?- lo tuteó ella. -No hay manera si no- dijo él y levantó los hombros. - Seguramente... ¿dónde...? -alcanzó a preguntar ella aspirando la segunda bocanada

de polvo que la dejó sin habla. -¿Aprendí estas cosas?- vino otra embestida de la máquina que la tiró de bruces al

suelo de la máquina. Lo más decorosamente que pudo se puso de pie y se ubicó otra vez a un costado del asiento del joven, ahora agarrada con las dos manos.

-Le dije que era incómodo- señaló él ayudándola a ubicarse y agregó: yo estudiaba gestión.

-¿Gestión... y qué pasó?-

-Me embarqué a los diecisiete y me echaron. Ya habían terminado el primer tramo y agregó: ¿Le parece bien así de bajo el lomo?-

-Yo lo bajaría un poco más ¿Te echaron...de dónde?- -Estaba en la Armada- se apresuró a contestar él con orgullo. -Ah!... ¿y ahí estudiabas...?- -Claro, en la escuela de grumetes teníamos cursos de psicología, gestión...- dijo

retrocediendo la máquina y mirándola inquisitivo. -¿Y te gustaba estudiar?- -¡Mucho! Ahora voy a retroceder otra vez, para repasar...- -De acuerdo. Pero puedes estudiar por correo o en las noches...- -Imposible, todos están a mi cargo en la casa- el joven dio vuelta el manubrio a toda

velocidad, la máquina seguía retrocediendo - le va a quedar con harta tierra suelta; aunque con la primera lluvia se aprieta.

-Si es que llueve- se quejó ella- ¿Todos? ¿quiénes están a tu cargo?-

-Bueno, mi hijo, que ya tiene cuatro años, su mamá, mi mamá y un hermano chico mío que estudia- Una vez dicho esto, le echó una mirada de soslayo y continuó hablando: - Si no llueve, puede contratar la prensa, es un rodillo grande que aplasta.-

-Espero mejor la lluvia- dijo ella.- ¿La mamá de tu hijo o tu mamá no pueden trabajar?-

-No es mi señora, no estamos casados- dijo muy serio y agregó: - yo estoy con ella para que lo cuide mientras yo trabajo, pero ella no ayuda en nada, pura tele- mirándola a los ojos le preguntó: Y, usted, ¿tiene un solo hijo?

-Me cansé, me voy a cambiar de lugar, detente un minuto y

seguimos- señaló Magdalena y se bajó para subir nuevamente por el otro lado- Sí, mío...mío, uno solo, los otros son...de mi marido. No te avienes con la mamá de tu hijo, parece-

-No mucho. No entiendo, cómo es eso de suyo, suyo...- -¿Y a tu hijo, lo quieres, estás contento de tenerlo?- -Eso sí, yo hago todo por él. Es lo más importante para mí. Me espera todas las

tardes. Aunque llegue en la noche, ahí está despierto para que juguemos...- El paso de la máquina dejó a la vista una raíz que asomaba por sobre la tierra.

-Quiero que saques la raíz de ese espino- le pidió Magdalena y preguntó: ¿Llegas muy tarde a veces?-

-Son bien duras, veré si sale fácil. Mire, en la mañana salgo a las cinco. Tengo que estar en la empresa a las 7:30 y llego de vuelta a las ocho... nueve, depende del bus-.

-Y, ¿tu papá...?- preguntó Magdalena y observó que esa parte del camino estaba llena de piedras. La máquina saltaba sobre cada una de ellas.

-No lo conozco, me crio mi mamá sola, ella no me quiso decir nunca quién era- -Y tú no has averiguado...- -¿Las piedras se las dejo a un lado o quiere que las lleve a alguna parte?- - No, para qué averiguar, no cambiaría en nada mi situación. Yo sé que tengo que

trabajar no más- -Deja las piedras al lado. ¿Qué me estabas diciendo?- -Me dan ganas de separarme de la mamá de mi hijo, pero ella se juntaría con otro. No

sé cómo lo trataría. Y, si yo también encuentro a alguien, lo mismo...al final, todas las relaciones son iguales y al menos ella es la mamá... ¿qué piensa usted?-

-Tienes razón- dijo Magdalena, pensando en su propia historia.

-Esta parte del camino se le va a soltar si paso la máquina, es mejor no emparejar aquí tan cerca de la casa...pero ¿si usted quiere?-

-Está bien, dejemos ese tramo tal cual, ahora nos vamos por ese camino que ves allá, hacia abajo-

La máquina avanzó, se reposicionó y comenzó a rascar la tierra dejando una buena porción de ella a los costados.

-Lo que menos me gusta es eso de la tele... casi no le habla al niño, no le enseña nada...-.

-Ella no debe estar contenta...-. -Acá tampoco le va a quedar tan bien, otra vez hay mucha piedra...-. -Bueno, pero quedará mejor de lo que está ¿no?-. -Sí, eso sí. Es que ella no se interesa por nada, las comedias y nada más... ¡todo el

día!-. -Esa curva ampliémosla, así sorteamos las piedras- dijo ella y agregó pensativa -hay

personas así...-. -Ya queda poco petróleo. ¿Pará allá también? -le preguntó indicando con la mano un

camino que bajaba hacia otra casa.

-No, esa parte es de mi marido y él no arregla los caminos- respondió Magdalena y su rostro se volvió serio.

-¿Es a la antigua?- -Mm... - -¿Tienen las cosas separadas?-. - Tenemos la suerte de poder estar independientes. Él hace todo a su manera de ahí

para allá- dijo Magdalena con alivio y le mostró una cerca. -Y usted manda hacia acá- respondió él sonriendo. - ¡Buen acomodo!, pero hay que

tener... -frotó los dedos y ella sonrió. Al verla sonreír el joven le preguntó: - ¿Y usted... se dedica a la parcela?- -Sí... y a otras cosas

también...- Magdalena se bajó de la máquina y entró a la casa por el dinero. -Y...¿cómo qué otras cosas hace?- preguntó él al guardar el dinero en su mochila. -Escribo- -¡Escribe!- la miró sorprendido y luego agregó: -bueno, el lugar se presta para la inspiración...y... ¿qué escribe?- -Historias que vivo o me cuentan- -¡Entonces...yo podría salir en una de esas historias. -Tal vez... ¿por qué no?- respondió Magdalena y volvió a la casa.